

Dr. Arnold Krumm Heller

HUIRACocha

# HUMBOLDT

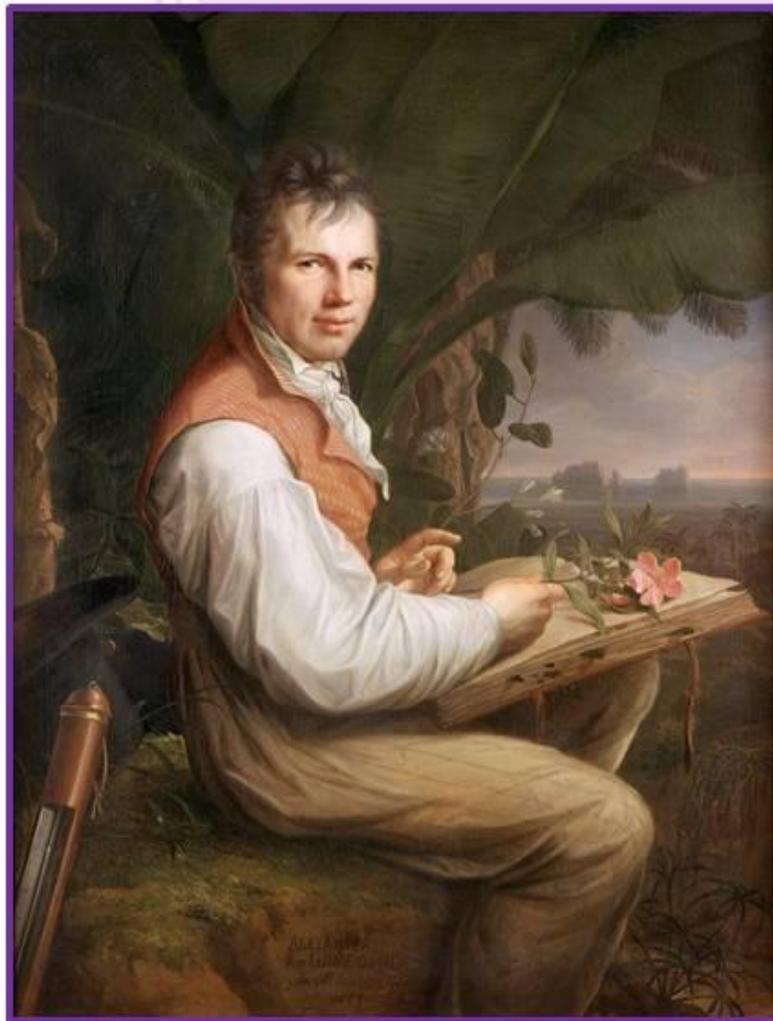
## Un esbozo biografico



1910  
[www.fravenezuela.com](http://www.fravenezuela.com)

AULA MADRE LUZ Y RAZON  
MARACAIBO VENEZUELA

**DR. ARNOLD KRUMM-HELLER  
(HUIRACOCHA)**



**ESBOZO BIOGRAFICO  
DEL BARON  
ALEJANDRO DE HUMBOLDT  
(1910)**

## *ALEJANDRO DE HUMBOLDT*

Hay en la historia de los siglos fechas destinadas a destacarse poderosamente, marcando la cronología de los grandes sucesos que han conmovido a la humanidad en el terreno ya social, ya científico. Tal fue el año de 1769, el 14 de septiembre, en que vio la luz el célebre Barón Alejandro de Humboldt, cuyo sólo nombre bastaría para llenar el final de aquella centuria si no fuera porque a disputarle la gloria de ese exclusivismo vino con el de él, el nacimiento de Napoleón I, de Cumming, de Walter Scott y de Cuvier.

¿Quién hubiera podido darse cuenta, sin embargo, entonces de que los nombres de todos aquellos niños habían de ser célebres más tarde? Nadie seguramente; y sin embargo, ninguno de ellos estaba destinado a ser meteoro fugitivo, puesto que todos constelan con su nombre el cielo de la historia. Humboldt, quizá, fue el que más tardíamente pudo enlistarse entre las celebridades, pero seguramente fue el que con más firmeza perdurará en el recuerdo de todos los humanos, debido a sus grandes descubrimientos, a sus pintorescos viajes y porque su vida, llena de todas las virtudes, está también plagada de todas las vicisitudes y entregada a todos los estudios. ¡Qué importa, pues, que en sus principios pasara desapercibido, si al fin más tarde, comparado hasta con el mismo emperador Napoleón, es sol, en torno del cual gravita como meteoro este guerrero! ¡Porque Humboldt sigue y seguirá eternamente alumbrando el cielo de la Ciencia y la cultura moderna!



Cuando la mirada de la cariñosa madre del sabio, la Sra. María Elizabeth, se fijaba en el pequeño Alejandro, algo como una tierna zozobra se reflejaba en sus ojos y llevaba hasta el espíritu del padre, Alejandro George de Humboldt, el temor de que aquel niño, de cuerpecito enfermizo y raquítico, no pudiera vivir mucho tiempo. Y así hubiera sido, pues, el que más tarde debía ser grande por su ciencia, era en los comienzos de su vida una criatura que parecía destinada a morir prematuramente, y a la que sólo pudo salvar el cuidado asiduo y la ternura constante de sus padres.

Creció al lado de su hermano Carlos Guillermo, otro que más tarde se conquistó también un renombre de celebridad universal.



Aunque su padre sólo tenía un profesor para su hijo mayor, parece que fue éste el que produjo la primera impresión sobre el ánimo de Alejandro. Fue una impresión juvenil, la misma que en el ánimo de todos los niños producen los hombres que hacen maravillosos relatos o que hablan de conocimientos que por su propia profundidad se escapan a las imaginaciones infantiles. Aquel profesor era Campé, el autor del famoso *“Robinsón el Menor”*, que con el *“Robinsón Crusoe”* de Defoe, se difundió por el mundo entero a tal grado, que a los dos años de editado, en el de 1781, estaba traducido a todos los idiomas europeos. Es fácil, pues,

imaginarse cómo fueron los primeros años de la niñez de Alejandro, y como en su tierna imaginación debieron causar maravillosos trastornos los exóticos relatos de aquel “Robinsón”, sobre cuyas páginas, leídas en compañía de Guillermo, se abismaba Alejandro, insaciable por saber cómo habían sido aquellas aventuras llenas de cabañas, de flechas, de cacatúas brillantes, de traviosos monos, y como el pobre abandonado viajero se había ingeniado para dominar el obstáculo y para crearse medios de vida. La ardiente imaginación de Alejandro se resintió grandemente –y de ello hay que felicitarse, puesto que fue en bien de la humanidad y de la ciencia– de aquellos relatos que hacía tangibles y revivía en sus paseos por el jardín de su Castillo de Tegel, imaginándose que aquellos árboles eran los de las selvas, que el senador era la rústica cabaña y la batea en que se lavaba la ropa era ni más ni menos la canoa misma en que Robinsón había logrado llegar a la costa solitaria.

De allí nacieron seguramente en Humboldt sus aficiones a los viajes, que más tarde lo hicieron recorrer el mundo. Creció, pues, el niño lleno de estas ilusiones, en el Castillo de Tegel, a orillas del hermoso río Havel, a dos horas de Berlín, y allí fue donde conoció a Goethe, nuestro sublime Goethe, que visitó el Castillo en 1778 y quizá, quizá no sea muy ajeno el poeta a que las imaginaciones de los niños Guillermo y Alejandro se exaltaran más, cuando haciéndolos saltar sobre sus rodillas, el gran escritor, que a la sazón contaba veintinueve años, les ayudaba a comentar con su imaginación de poeta, aquellas páginas del “Robinsón”, con tanto cariño leído por los pequeños castellanos de Tegel.

Alejandro estudiaba ya por estas fechas: primero, el célebre teólogo Juan Enrique Segismundo Koblanck, y más tarde Juan Cluesener, ambos pedagogos, que han figurado en los anales de la educación alemana, así como el mismo Consejero Real Kunth, fueron sus profesores y parece que ninguno de ellos estuvo muy satisfecho de los progresos que en sus estudios hacían los niños Humboldt. Así lo asegura Henriqueta, que dice que cuando Alejandro de Humboldt dio una célebre conferencia sobre la historia en Berlín, Kunth, que asistía a la sesión, le dijo al oído:

– De mi no lo han aprendido, pues, le aseguro que cuando tomaban su lección de historia, allá en Tegel, creo que deseaba ser Adam, solamente porque en aquel tiempo la historia era más corta.

Y así como las aficiones de los niños se reflejan desde la infancia, se agrandan en su juventud y se hacen en la edad madura, Alejandro fue siempre un apasionado de la Física, de la Química, de la Mineralogía y de la Botánica. Estas ciencias, misteriosas entonces para el niño, atraían tan grandemente su atención, que sus padres al verlo constantemente buscando yerbas por los jardines y los bosques, le habían dado el apodo de “el pequeño boticario”. Humboldt, pues, desde su infancia era un coleccionador de flores, de plantas, de mariposas, de conchas y de piedras, que iba ordenando instintivamente, puede decirse, con una escrupulosa corrección.

En la lista de sus profesores figuraba por aquella época también el nombre del célebre Ernesto Gottfried Fischer, así como el de Löffler, que más tarde debía llegar a ser profesor de la Universidad de Frankfort, quienes les daban lecciones en las que los pequeños Humboldt eran acompañados de los hijos de José Mendelssohn, célebre filósofo y abuelo del no menos célebre músico Mendelssohn, De entonces data el principio del desenvolvimiento intelectual del pequeño Humboldt, cuyos profesores no solo vieron desarrollarse un cerebro poco común para la ciencia, sino también para las bellas artes, pues, Alejandro, en quien todo parecía intuitivo,

era un artista del que se conservan varios trabajos a lápiz, entre los que se cuenta un autorretrato.

Para tener una opinión exacta del sabio en aquella edad, bastará que leamos lo que él mismo dice en 1806, en una carta dirigida a Pietet:

“Jusqu’à l’âge de seize ans, j’avais peu d’envie de m’occuper de sciences. J’avais l’esprit inquiet et je voulus être soldat. (!) Mes parents désapprouvèrent ce gout; je devais me vouer à la finance, et n’ai jamais de ma vie eu l’occasion de faire un cours de botanique ou de chimie: presque toutes les sciences dont je m’occupe á présent, je les ai apprises par moi-même et très-tard. Je n’avais pas entendu parler de l’étude des plantes jusqu’en 1788, où je liais connaissance avec M. de Willdenow, du même âge que moi, et qui venait de publier alors sa Flore de Berlin. Son caractère doux et aimable me fit plus encoré chérir la botanique. Il ne me donna pas formellement des leçons, mais je lui apportai les plantes que je ramassais et qu’il détermina. Je devins passionné pour la botanique, surtout pour les cryptogames. La vue des plantes exotiques, même sèches dans les herbiers, remplissait mon imagination des jouissances que doit offrir la végétation des pays plus tempérés. Mr. de Willdenow étant en liaison étroite avec le chevalier Thurnberg, recevait souvent des plantes du Japon. Je ne pouvais les voir sans que l’idée no se me présente de visiter ces contrées”<sup>1</sup>.

En otra carta de Humboldt dice:

“Tenía yo en mis primeros años ya un deseo ardiente de ir a países lejanos, a regiones poco visitadas por los europeos; y ese impulso es el que caracteriza el período de nuestra vida, en que vemos un horizonte sin límites y que como ninguno otro deseo despierta nuestra fantasía, como sus cuadros de desconocidos peligros físicos que producen las grandes emociones del alma”.

“Crecido en un país que no cultivaba relaciones directas con las colonias de las dos Indias, alejado de las montañas que hacen célebre el oro que guardan en sus entrañas o de las costas que baña el sol, sentía desarrollarse siempre más y más en mi esa pasión por el mar y por las fatigosas excursiones o los largos viajes marítimos...”.

En la primera carta, nuestro sabio hace una confesión hermosa: “Nada aprendí –dice– de Botánica o de Química por mis estudios, pues, lo que de eso se lo adquirí muy tarde”. Esto hace comprender lo necesario que es no prejuzgar sobre lo que el niño será ya hombre. Tenemos muchos casos parecidos: ahí está Alberto el Grande, que en sus primeros años era tan torpe que jamás se creyó que aprendería a leer; Newton tenía a su madre tan decepcionada sobre su talento, que lo sacó del colegio por tonto y lo quiso dedicar al campo; Linneo fue destinado primero a ser zapatero, pues, su padre lo creía incapaz de ser nada más útil; tenía 14 años cuando aprendió a leer; cosa parecida ocurrió a Molière, y para no ir tan

---

<sup>1</sup> “Hasta la edad de dieciséis años, yo no tenía interés en las ciencias. Estaba preocupado y quería ser soldado. (!) Mis padres desaprobaban este elección; tuve que dedicarme a las finanzas, y nunca en mi vida tuve la oportunidad de hacer un curso de botánica o química: casi todas las ciencias de las que me estoy ocupando ahora, las aprendí yo solo y muy tarde. No había oído hablar del estudio de las plantas hasta 1788, cuando conocí al señor de Willdenow, de la misma edad que yo, y que acababa de publicar su “*Flora de Berlín*”. Su carácter gentil y amable hizo que apreciase aún más la botánica. No me dio lecciones formales, pero le llevaré las plantas que recogí y que él determinó. Me apasionó la botánica, especialmente las criptógamas. La vista de plantas exóticas, incluso secas en los herbarios, llenó mi imaginación de los placeres que debe ofrecer la vegetación de los países más templados. M. de Willdenow, en estrecho contacto con el caballero Thurnberg, recibía a menudo plantas de Japón. No podría verlos sin la idea de visitar estas regiones”. (Nota del Transcriptor).

lejos, aquí tenemos al Benemérito de la Patria Benito Juárez, que a la edad de seis años veía en los caracteres del silabario jeroglíficos indescifrables y todavía más tarde la escritura parecía a su imaginación algo que había de ser para él insuperable toda su vida; y Alberto fue grande, y Newton fue sabio, y Molière descolló en las letras, tanto como Benito Juárez había de desarrollarse más tarde como gobernante.



Cuando volvemos a encontrar a Humboldt, es estudiante de la Universidad de Frankfort del Oder, donde se matriculó el 1° de octubre de 1787, y si hoy esa Universidad guarda en sus anales como preciada joya la partida de inscripción del sabio, entonces ninguna importancia tenía aquella misma partida que dice: “Henricus Fridericus Alexander et Humboldt Berolinensis Camaralium Studiosus, –pater meus jam mortuus est, mater adhuc vivit–, domicilium Berolini”.

La Universidad, Alma Viadrina, no estaba siquiera a la altura de aquella época y esto obligaba a Humboldt a seguir siempre solo sus estudios. Carecía aquella Universidad de gabinete de Física, no se enseñaba Anatomía, e inútil es decir que carecía de observatorio y jardín botánico desde el momento en que no tenía ni siquiera biblioteca.

Consecuente Humboldt con los deseos de su madre, debía emprender estudios de Camaralia, ramo que por sí solo estaba muy poco arraigado en aquella época, al extremo de que cuando se quería señalar un estudiante como flojo o ignorante, se decía: “Ese estudia Camaralia”.

En aquella Universidad, el profesor Beckmann daba clase de todas las materias y en el medio raquíctico de que disponía presentaba a sus alumnos pintorescos herbarios de alberjas, chícharos, cebollas, zanahorias y otras verduras, únicas muestras de Botánica a que el joven Humboldt abría de subordinar altas aspiraciones sobre esa ciencia.

Respecto a demostraciones de Mineralogía, Tecnología y Comercio, el profesor Beckmann no iba más allá de la enseñanza de como se fabricaba el aguardiente, se prepara el alquitrán, se molía el trigo, cuántos hilos debían entrar en una tela de lana y cuáles eran los remedios para combatir plagas de gusanos o de insectos.

¡Pobre medio era aquel para un hombre destinado a ser tan grande!

De Economía Política no hay que hablar; entonces no se pensaba en ella. Humboldt, pues, seguía creciendo enfermizo, física e intelectualmente en la Universidad. El invierno le infundía miedo y las marchitas colecciones de Beckmann creo que deben haberle infundido tanta decepción como desprecio. Y tanto es así, que buscando más amplios horizontes para su desarrollo físico, y más adelantados campos para sus aspiraciones de saber, emprendió su primer viaje de estudio por las orillas del Rhin, por Holanda, por Bélgica, Inglaterra y Francia.

En un diario del sabio, encontramos la descripción de ese su primer viaje, al que también se refiere el que fue su maestro y compañero Forster, en su obra: “*Opiniones sobre el bajo Rhin*”.

Cuando Humboldt regresó de su primer viaje, se separó de Forster, que lo recomendaba a Müller en los siguientes términos, que hacen entrever la alta opinión que el sabio se había conquistado ante su maestro, cuando apenas tenía veinte años:

“Je vous écris pour vous présenter Mr. de Humboldt, le cadet, mon compagnon de voyage, un jeune homme rempli de connaissance et d’une rare maturité de jugement. Il est bercé dans presque tous les genres de littérature; mais sa carrière particulière est celle des finances et de l’économie politique. Vous lui trouverez là-dessus, si Vous avez le temps de lui donner quelques moments d’entretien, les véritables principes, affermis par une riche moisson d’observations et par une suite de travaux assidus. L’étude des fabriques et des manufactures fait une partie de ses connaissances; il y a fait des progrès considérables. Ajoutez à cela que tout cet édifice de connaissances pratiques ou immédiatement applicables aux besoins des états modernes, est appuyé sur un excellent fond de littérature grecque et romaine et de philosophie, dont il a cueilli les fleurs sans en négliger les parties les plus austères. En un mot, je crois pouvoir me justifier auprès de Vous, en Vous adressant un homme qui mérite d’être connu et surtout qui mérite de Vous connaître. Il va à Hambourg et de là, il retournera à Berlin... etc., etc.”<sup>2</sup>.

Hemos visto a Humboldt en la Universidad de Frankfurt, de donde pasó a Göttingen; después de su visita a París, ingresó como alumno a la Academia de Comercio y allí fue donde escribió su primera obra, que en alemán se encuentra en todas las bibliotecas como obra de consulta, con el título: “*Observaciones sobre los Basaltos*”.

Nuestro Camarilista comienza, pues, a convertirse en geólogo.

El nombre del sabio que comenzaba ya a sonar en el mundo científico se vió rodeado de una fama de que su juvenil autor no fue orgulloso, pues, la modestia fue el fondo de su carácter. En una carta que ha dirigido el señor Ministro Heitzmil, dice así:

“Je n’ambitionne point la gloire de me ranger parmi les savants minéralogistes de ma patrie, j’ai eu de grands modèles devant les yeux, mais il faut un pinceau hardi pour attraper le style de ces maîtres. L’indulgence a été de tout temps le partage des hommes grands et vertueux. Permettez-moi, Monsieur, de vous demander la vôtre. Je suis très jeune encoré, je connais fort bien le peu de connaissances que je possède, mais je tâcherai par un travail plus assidu, de me rendre utile à ma patrie et de mériter un jour les faveurs de Votre Excellence... etc., etc.”<sup>3</sup>.

Con fecha 23 de septiembre, escribe a su amigo Wegener esta otra carta, reveladora del porqué de su segundo viaje:

---

<sup>2</sup> “Le escribo para presentarle al Sr. De Humboldt, el más joven, mi compañero de viaje, un joven lleno de conocimientos y una rara madurez de juicio. Está versado en casi todo tipo de literatura; pero su carrera particular es la de finanzas y economía política. Lo encontrará en esto, si tiene tiempo para darle unos momentos de conversación, los verdaderos principios, fortalecidos por una rica cosecha de observaciones y por una serie de trabajos asiduos. El estudio de fábricas y manufacturas es parte de su conocimiento; allí ha habido un progreso considerable. Añádase a esto que todo este edificio de conocimiento que es práctico o inmediatamente aplicable a las necesidades de los estados modernos, se sustenta en una excelente base de literatura y filosofía griega y romana, cuyas flores ha arrancado sin descuidar las partes más austeras. En una palabra, creo que puedo justificarme ante ti, dirigiéndote a un hombre que merece ser conocido y sobretodo que merece conocerte. Se va a Hamburgo y de allí volverá a Berlín... etc., etc.” (Nota del Transcriptor).

<sup>3</sup> “No aspiro a la gloria de estar entre los eruditos mineralogistas de mi país, he tenido grandes modelos frente a mis ojos, pero se necesita un pincel atrevido para captar el estilo de estos maestros. En su tiempo, la indulgencia fue compartida por hombres grandes y virtuosos. Permítame, señor, pedirle el suyo. Soy todavía muy joven, se muy bien los pocos conocimientos que tengo, pero intentaré con un trabajo más asiduo, hacerme útil a mi país y merecer algún día los favores de Vuestra Excelencia... etc., etc.” (Nota del Transcriptor).

“Apenas había estado cinco días en Hamburgo, cuando vi una colección de *naturalías* de la Isla de Helgoland. Una pasión vivísima me invadió entonces por recorrer aquellas regiones, y sin más pensarlo me embarqué para un viaje de cuarenta y cinco millas que las tempestades que nos asaltaron en la travesía hicieron durar ocho días”.

“¡Dios mío! ¡Cuántas cosas he visto desde que dejé Berlín! ¡En cuántas circunstancias extraordinarias me he encontrado y qué hombres tan interesantes he conocido...!”.

“No vivo aquí dichoso; pero al menos estoy contento. He adquirido más instrucción, y sin modestia confieso que empiezo a estar satisfecho de mí”.

“En Goettingen estuve muy trabajador, pero mientras más estudio, comprendo más profundamente todo lo que me falta por saber. Mi salud ha decaído mucho. He perdido casi todo lo que gané en el viaje con Forster, y aquí estoy tan ocupado que no puedo ni cuidarme. Siento tan grande impulso de trabajar, que a veces he llegado a creer que estoy perdiendo mi poco juicio...”.

Y sin embargo, aquel impulso sostenido toda la vida con igual vehemencia, debía llevar a Humboldt a la celebridad.

En ese tiempo tenía el célebre Barón una amistad muy íntima con el tío del sensitivo poeta Heyne, amistad que más tarde radicó en el mismo sentimental escritor.

De Hamburgo, Humboldt pasó a Freiberg y allí su insaciable sed de estudios lo llevó a matricularse, el 14 de junio de 1791, como alumno de la Academia de Minería, siendo de esa época de la que datan sus estudios sobre la mineralogía bohemia.

8 En Freiberg, Humboldt siempre amable y accesible, porque jamás sus estudios lo llevaron a la misantropía, nota saliente del carácter de muchos sabios, encontró un nuevo compañero de estudios en un español (algunos autores aseguran que era mexicano), apellidado del Río, gran observador y alma entusiasta, que apasionado de México, le habló largamente de nuestras montañas, de esas montañas que, vistas a lo lejos y bajo la luz ardiente del sol, parecen formadas en su totalidad por el oro que guardan en sus entrañas o que bañadas a la luz de la luna, destellan el plateado reflejo de sus nieves eternas.

Y habló también de nuestras selvas, muchas de las cuales estaban inholladas en aquella época, en las que las lianas formaban apretada trabazón, en que las maderas preciosas crecían espontáneas, y en las que Humboldt, seguramente, podría encontrar para su herbario algo más que los *chicharos* y cebollas del buen profesor Beckmann.

El cielo es purísimo, decía del Río, en un arranque de lirismo; el clima templado, delicioso; es un suelo virgen aquél para la ciencia y tal parece que la naturaleza ha sembrado en sus bosques toda la muestra de su extensa flora y de su fauna.

Humboldt pensó desde entonces en venir a México, y cuando lo consiguió, doce años después, tuvo la satisfacción de encontrarse con su amigo de Freiberg, con aquel del Río tan apasionado del suelo mexicano, que entonces se encontraba en nuestra Escuela de Minería.

Humboldt se hizo notar siempre más que por nada, en aquella época, por una serie de artículos publicados en el “*Journal de Physique*”, en el magazine Botánico, y sus descubrimientos, sobre todo en la teoría sobre evaporaciones, le dieron tal fama, que su despedida de Freiberg fue sentidísima, organizándose en su honor fiestas especiales.

Su fama se había extendido tanto, que tres días después de su partida de Freiberg, el Gobierno le confió el primer puesto oficial que desempeñó en su vida y que fue el de asesor del Ministerio de Fomento. Su labor en estudios referentes a fundiciones, minas, salinas y manufactura de porcelana, es enorme y lo llevó a hacer largas excursiones. A su amigo Freiesleben le escribía: “Figúrate que ayer he hecho, bajo los rayos de un sol abrasador, una caminata enorme; de las cuatro de la mañana a las seis de la tarde he visitado y examinado Pelikan, Frisch Glück, Unverhoffte Freude, den Cisernen Johannes y den Dunkeln. En uno de mis pies escurro la sangre; ya sanaré, pero soy tan feliz como nunca, porque he podido estudiar y observar con actividad...”.

De aquel puesto, Humboldt fue elevado a otro, pero siempre, en todos sus actos y en toda su correspondencia, se revela una sublime modestia.

“Amigo mío, crea usted que no he solicitado; al contrario, a gritos he querido hacer conocer mi insuficiencia, pero no se me escucha. Me mandan y es preciso obedecer. ¡Oh, cuánto tendré que hacer para hacerme digno de mi cargo!”.

“Mis minerales me consuelan mucho. Tengo aquí, en cambio de todo, un amplio material de estudio...”.

Por aquella época publicó Humboldt su obra: “*Flora Fribergensis*”, que le conquistó no sólo la fama en el pueblo, sino que viejos profesores le rindieron homenaje.

Sería largo mencionar toda la labor de este grande hombre y sólo diré que en 1794, no solamente se le consideraba ya como un notable mineralogista, sino también como habilísimo diplomático. Prueba de ello es que fue encargado de llevar a cabo un tratado con el ejército francés en aquel año. Al año siguiente, vuelto a su puesto, visitó Suiza estudiando su mineralogía. A su regreso hizo experiencias sobre la irritabilidad de los tejidos y nervios, sirviendo él mismo de sujeto. Describe sus dolores intensísimos, pero siempre sobre sus torturas físicas está el dominio del estudio, pues, que las cuatro o cinco heridas que para tales experimentos toleró de buen grado se le hicieron en el brazo y en la espalda, no le impedían seguir su incansable labor de aprender, de aprender siempre a costa de todo, aun de la propia vida, exponiéndose a los gases venenosos de las minas, como se había expuesto a las incisiones del bisturí.

En 1796 regresó a Berlín; esta vez no le llevaban los estudios; era su madre que lo llamaba, atacada de un cáncer en el pecho. Las páginas que en su diario escribió Humboldt sobre este hecho, están llenas de ternura.

“¡Pobre de mi madre! ¡No tiene ni siquiera la esperanza de un calmante!”.

Colocado nuestro sabio como hijo amantísimo a la cabecera del lecho de la enferma, sus noches de constante vigilia lo llegaron a postrar a tal grado, que se temió no podría sobrevivir. Aquella angustia inmensa que llenaba su corazón, parecía superior a sus fuerzas y él mismo lo comprendió así, cuando temiendo no sobrevivir por mucho tiempo a su madre, que al fin murió, Humboldt hizo testamento.

Los médicos le aconsejaron el cambio de residencia, para mitigar, ya que olvidar era imposible, lejos de Berlín, el terrible dolor que lo embargaba y lo mataba y buscar en los azules horizontes de Bairenth, lenitivo para sus penas y aire sano para sus dolores físicos. No fue Bairenth, sin embargo, propicio al sabio, puesto que algunas semanas después hubo de regresar y durante varios días estuvo en cama, careciendo de muchos de los elementos de

vida, puesto que había gastado en sus estudios gran parte de sus rentas y sólo podía en su convalecencia seguir escribiendo sobre el tema de los gases subterráneos, trabajo que le pagaba un editor a tanto el cuadernillo y con lo cual Humboldt llenaba a medias sus necesidades.

La corte de Weimar, el pueblo que para los alemanes trae aparejado como natural recuerdo a Schiller y Goethe, es ahora residencia de Humboldt, que se siente fuertemente atraído a cultivar la amistad de Goethe, mientras que su hermano Guillermo, que también se encontraba en Weimar, prefiere la intimidad de Schiller, que desde 1789 estaba como profesor de historia en Jena.

Algo como la comunión del genio, ligaba a todos esos hombres, que el destino había reunido en Weimar, desarrollándose entre Goethe y Alejandro de Humboldt tal intimidad, que el célebre poeta decía en una carta a Schiller:

“Humboldt me ha hecho pasar horas deliciosas y muy útiles, pues, ha despertado en mi un vehemente interés por la historia natural, interés que estaba latente en mis deseos de estudio, pero que seguramente la presencia de Humboldt ha determinado ardientemente”.

Y así debía ser. La influencia de las teorías de Humboldt había embargado tanto el ánimo del poeta, que esa influencia se adivina hasta en el sublime poema “Fausto”, pero no sin que la alta filosofía del escritor contaminara a su vez al naturalista, puesto que la filosofía que desde entonces llena los estudios de Humboldt fue seguramente inspirada por Goethe.

La insaciable sed de viajar no se apagaba en el Barón, cuyo genio era ya universal. Estrechas para sus aspiraciones Alemania e Inglaterra, ahora su obsesión es hacer un viaje a Italia, tan poblada de bellas ruinas, tan interesante para Humboldt, que se dedicaba entonces a los estudios de vulcanismo. Y de Italia a España. Este era el sueño del sabio: Tenerife después, más tarde Cuba y ya en América, ¿Por qué no llegar hasta México, que con tan bellos colores le pintara su amigo del Río, cuando juntos habían estudiado en Freiberg?

Pero el azar tenía dispuestas de otra manera las cosas. En Humboldt no había precisamente un deseo definido; su idea era la de viajar, la de recorrer países para él desconocidos que guardaban para su ciencia interesantes secretos que arrancar de sus selvas, de sus montañas, de sus costumbres, de su política; pues, ya hemos dicho que el genio de Humboldt, a medida que el tiempo pasaba, se iba haciendo general en todos los ramos del saber humano; así, pues, no es de extrañar que llegado a París, donde lo llevó el objeto de comprar algunos instrumentos para su proyectado viaje de estudio a Italia, a España y a América, el simple encuentro de Lord Bristol, propietario de un yatch, y que a la sazón pensaba dirigirse a Egipto, torciera por completo el objetivo del viaje del sabio alemán y que en lugar de encaminar sus pasos hacia la romántica y bella Italia, pensara seriamente en las arenosas soledades del desierto egipcio, en sus exóticos habitantes, en la prodigiosa flora de las riberas del Nilo, en la muda contemplación de las pirámides y, en una palabra, en que un viaje por Egipto sería tan delicioso por sus sorpresas, como interesante para sus estudios.

Resuelto, pues, a verificarlo, aceptó la invitación de Lord Bristol para ser su huésped a bordo del yatch, que, airoso y flamante, se balanceaba sobre las azules aguas de la bahía de Marsella, y allá se dirigió, acompañado del botánico Bonpland, que más tarde debía ser su compañero inseparable y en quien encontraba un hombre de casi tan vasta instrucción como la suya, tan afecto como él a viajar por desconocidas regiones y un tanto misántropo.

Listo, pues, para embarcarse, de nuevo el azar se encargó de torcer sus pasos.

Esta vez la política había entrado en juego; un cambio en ella hizo preponderar en el África la influencia de Francia, y Lord Bristol, en su calidad de inglés, no consiguió permiso para dirigirse al país de las pirámides. Aunque desesperado, Humboldt se quedó, sin embargo, en Marsella, fielmente acompañado de Bonpland, a quien había conocido en la casa de Lelande y Laplace, y por dos meses anduvo, maleta en mano, por el muelle en espera del velero “Jarama”, que debiera conducirlo a África.

Inútil espera: el velero no llegaba, no llegó, pues, lo que llegó fueron las noticias de que el “Jarama” se había perdido en las costas de Portugal, ahogándose toda la tripulación.

Cuando Humboldt supo esta noticia se entristeció grandemente, pero una idea vino a consolarlo: el yatch de Lord Bristol seguía listo para levar anclas; en él podría, pues, dirigirse al África.

¡Pobre Humboldt! El yatch estaba allí, pero Lord Bristol yacía preso en Milán, sospechoso de querer agitar las regiones del Nilo a favor de Inglaterra y en contra de Francia. Humboldt, pues, se resolvía nuevamente por su primitiva idea de viajar por Italia, cuando llegó a su noticia que el viejo Bongaiville había proyectado un viaje al Polo Sur, y de nuevo la idea de visitar las desoladas regiones polares, idea que alimentaba entre otras muchas, hacía algún tiempo, lo resolvió a intentar un viaje al país de los hielos. Había una dificultad: la edad de Bongaiville, setenta años, no inspiraba confianza sobre que pudiera soportar las penalidades polares en que tantos hombres vigorosos habían perecido, y por eso la expedición se retardaba. A destruir esta indecisión y a dar nuevo rumbo al itinerario soñado por Humboldt y Bonpland, vino el capitán Baudin, que si no iba precisamente al Polo Sur, si, en cambio, iba a salir rumbo al Paraguay, Patagonia, después a Chile, Perú, México y California, haciendo así la interesante *tournee* del Pacífico. Gestionó Humboldt ser de la partida, pero Baudin, que antes que nada era negociante, exigió dinero...

– ¡El miserable dinero! Por faltarme un poco no he podido hacer tan interesante viaje...

De nuevo, pues, deshace Humboldt su equipaje, pero no desiste de su idea de viajar. Un balance de sus fondos le indica que puede llegar a Túnez, y gozoso, porque al fin va a abandonar a Marsella, se dirige al Municipio en solicitud de un permiso para embarcarse. Y no hay forma de convencer a aquella gente. Humboldt, con sus instrumentos de estudio; Bonpland, con sus maletas repletas de libros y papeles, deben haberles parecido tal altamente sospechosos, que a pesar de sus súplicas nada consiguen, y Humboldt, con las lágrimas en los ojos, ve alejarse el velero.

¡Qué insondables arcanos son los del Destino! Si Humboldt se hubiera embarcado en aquel barco, el mundo habría perdido desde entonces uno de los más altos representantes de la ciencia, porque apenas alejado el velero algunas millas del puerto y cuando todavía en el horizonte se veía su velamen, como las alas extendidas de una gaviota, una terrible tempestad se desató, y cuando algunas horas más tarde el huracán amainó, las olas, todavía inquietas, llevaron hasta la playa la tablazón despedazada del pobre buque que no había podido resistir el oleaje, y de cuya marinería y pasaje no dice la historia si volvió a tenerse noticia.

Humboldt y su inseparable Bonpland tuvieron, pues, el triste consuelo de dar gracias a la Providencia por haberlos salvado de tan mortal peligro, y cuando reaccionaron, resolvieron ya a todo trance salir de Marsella.

– ¡Demonio! –decía Humboldt– yo no puedo quedarme pegado aquí. Vámonos a España, donde llegaremos a pie si es necesario y...

Y al hecho, pecho. Los dos sabios, paso a paso, con la mirada observadora, siempre atenta a todas las manifestaciones de la Naturaleza, el cuadernillo de apuntes en una mano y la maleta a la espalda, atravesaron en seis semanas los Altos Pirineos y las provincias del Norte de Esparta, deteniéndose, más que para descansar, para estudiar la flora y mineralogía durante el día, y observar de noche la belleza del cielo que muchas veces les sirvió de único techo, haciendo importantísimas observaciones astronómicas.

El fondo poético que existía en el alma de Humboldt, se despertó vigorosamente bajo el radiante sol de España. En sus cartas a su amigo Wildenow, describe el sabio con pluma ágil las bellezas de esa tierra. Habla de sus estudios y se siente como resarcido de su larga espera en Marsella, de la que ha tomado amplio desquite en su viaje por los Pirineos.

Después de un corto tiempo de permanencia en Esparta, solicita permiso para ir a América y una vez más tropieza con la negativa, que en la siguiente forma le hace el Ministro D. Mariano Luis de Urquijo.

Muy señor mío:

El Rey ha concedido con gusto el permiso necesario para que Mr. Humboldt pueda pasar a América y continuar el estudio de minas y demás útiles descubrimientos que se propone. A este fin se pasará el correspondiente oficio al Ministerio de Gracia y Justicia para que se le dé inmediatamente un pasaporte para él y su criado<sup>4</sup>, lo pasará a manos de V. S. luego que esté hecho y puede V. S. preguntar al interesado a qué parte de América se propone pasar primero, para darle cartas de recomendación para los Generales y Comandantes de las respectivas provincias.

Con este motivo, me ofrezco a disposición de su señoría y pido a Dios que su vida, etc.

Aranjuez, 15 de Marzo de 1799.

Bl m° de V. S. su más atento Serv.

**MARIANO LUIS DE URQUIJO (firmado).**

Esta vez su resolución está bien tomada, sus deseos van a llevarse a efecto. El 4 de junio de 1799, el sabio ha logrado al fin su intento, pues, escribe a su amigo Freisleben:

“¡Qué felicidad me embarga! Se me desvanece la cabeza de alegría y de pensar que al fin voy a pisar la ansiada tierra americana. Salgo a bordo de la fragata española “Pizarro”; tocaremos las Canarias y las costas de Caracas; por allí me internaré en la América”.

“¡Que de tesoros voy a encontrar para mis estudios! ¡Cuántos nuevos conocimientos podré adquirir para mi obra sobre la formación del globo terrestre! Todo lo he vencido. Quizás sea porque el hombre debe de aspirar siempre a todo lo bueno y a todo lo grande. En México veré a mis mineros de Sajonia, a del Río, charlaremos de Freiberg...”.

“Con íntimo y cordial reconocimiento,

**Tu HUMBOLDT”.**

En Tenerife, al fin. Humboldt, enloquecido por la alegría de ver realizado uno de sus sueños: la ascensión al Pico de Tenerife, describe con tal entusiasmo sus impresiones, que es indiscutible que para él una de las fechas más memorables de su vida, debe haber sido la del

---

<sup>4</sup> ¡Pobre Bonpland, cómo te han puesto!

22 de junio de aquel año, fecha en que pudo ver, desde el escarpado monte que domina la amplia bahía de Tenerife, todo un mundo de vastos horizontes.

El 16 de julio pisó por primera vez tierra americana en el puerto Cumaná; fue una arribada forzosa: el barco no se dirigía allí precisamente, pero una epidemia de tifo desarrollada a bordo, obligó a los viajeros a arribar a Cumaná, cuando se dirigían directamente a Cuba o a México.

Tal parece que el azar, tantas veces puesto como obstáculo en los pasos del sabio alemán, se empeñaba en retardar su visita a la bella Nueva España. No se desconsoló mucho el intrépido Barón. Las costas de Cumaná son bellas; Caracas y Puerto Cabello eran para él, por desconocidas, verdaderamente interesantes, y luego de allí los esperaban, con toda la opulencia de sus selvas, los rumores de sus ríos, el Orinoco, expedición para la que Humboldt y Bonpland salieron a principios de 1800.

En Guayana, Aimé Bonpland fue atacado de vómito, y Humboldt, que jamás había interrumpido sus estudios, sino cuando desvelado y enfermo permaneció al pie del lecho de su madre moribunda, guardó nuevamente sus libros, dejó el lápiz, encerró todos sus instrumentos y con una asiduidad que demuestra la fuerza de su cariño por el amigo enfermo, se dedicó a cuidar al misántropo Bonpland, sin más tiempo distraído a esa tarea, que el necesario para escribir a su hermano Guillermo; esta carta dice más o menos así, pues, no la tengo a la mano, sino en apunte, y por esto no resulta una traducción fiel y exacta:

“No puedes imaginarte la pena que me causa ver a mi buen Bonpland enfermo. Jamás encontraría un amigo más fiel y compañero más valiente. Nuestra expedición, rodeada de peligros, plagada de privaciones, no le ha amedrentado un solo momento, ni aun siquiera cuando a nuestro paso saltaba el tigre en la espesura de la selva, silbaba la serpiente en la hojarasca, o el olor acre del almizcle denunciaba la presencia de los enormes cocodrilos que a orillas de los ríos bañan de sol sus escamados lomos con la mandíbula siempre abierta y siempre lista para devorar la presa que imprudentemente se aventura por aquellos sitios”.

“Bonpland ha dado siempre pruebas de una resignación y valor ejemplares, y jamás olvidaré que hace algunas semanas fue su ánimo suficiente a levantar el mío, cuando nos sorprendió un temporal en el Orinoco, del que creí no saldríamos con vida. Nuestra piragua, una embarcación todo lo ligera y primitiva que es dable imaginarse, tenía dos tercios de su capacidad llenos de agua y a cada momento una nueva ola del río avanzaba amenazando hundirnos. Yo no quise abandonar mis colecciones recogidas. Los indios, conocedores de los lugares por los que atravesábamos y familiarizados con peligros semejante al que nos amenazaba, se desmoralizaron completamente y uno tras otro se arrojaron al agua para ganar a nado la orilla”.

“Sólo Bonpland era heroico: lleno de fraternal ansiedad por mi suerte, me suplicaba que me dejara salvar por él mismo, pues, creía poder llevarme a nado sobre sus espaldas hasta la orilla salvadora”.

– “Ven, ven, me dijo; yo lucharé hasta lo último para salvarte”.

“Una multitud de cocodrilos, como avisados de que extenuada y llena de terror llegaría segura presa a la orilla, se habían instalado entre el yerbazal, esperando a los indios, a los que la fuerza de la corriente llevaba a la deriva...”.

“Los animales corrían también. Sus fuertes patas, hollando la arena y algo como el frote de sus cuerpos entre la hierba, hubieran denunciado su presencia si antes no lo hubiera hecho

el olor de almizcle que de ellos se desprende. Los indios, locos de terror, veían, pues, que por igual los amenazaba la muerte; en la orilla serían tragados por las rojas fauces de los saurios: en el río los tragaría también la impetuosa corriente; pero al menos aquí había alguna esperanza, el peligro era menos inminente y por eso es que volvieron de nuevo al bote”.

“Nuestra situación era desesperada: dejamos ya el peligro del naufragio. Quizá hubiéramos podido escapar con vida. Lejos también el peligro de los cocodrilos. Quizás también, aunque esto era más difícil, su apetito nos hubiera perdonado. ¿Pero y luego? La playa inhospitalaria no nos brindaba más que los tormentos del hambre, y la selva, no muy lejana, no nos ofrecía otra vecindad que la de una fauna en que el tigre reina absoluto y una trabazón de tan exuberante vegetación, que el hombre más fornido, hacha en mano y trabajando sin descanso, habría necesitado veinte días para avanzar una legua francesa. ¡Y en diez leguas a la redonda no habríamos encontrado quien nos diera auxilio! ¿Qué hacer? Una nueva racha de viento más violenta vino a resolver nuestra perplejidad, lanzándonos con todo y piragua hasta la orilla donde el bote se volcó; yo perdí algunos libros y víveres. Ya era de noche; la luz de la luna nos ayudó a buscar algunas ramas secas para hacer lumbre, y poco después humeaba, en un caldero, un ponche reparador, saboreado con la inquietud del peligro. Pasamos una noche llena de zozobras y cuando el sol prendió en el cielo, para una carrera más, este sol de América nos envió también, para consuelo, con la luz del astro, la presencia de unos indígenas, que arrastrados por el huracán, venían a bordo de una canoa. La nuestra no estaba totalmente deshecha: con ayuda de nuestros guías y la de los recién venidos, a quienes el peligro pasado aconsejaba ser buenos, pudimos reparar las averías de nuestra pobre embarcación y seguir adelante. ¡Siempre adelante! ¡Nos faltaban todavía setecientas leguas!”.

14

¡Ay! se decía Humboldt, ¡no morir entonces y morir ahora de vómito!

Los temores del sabio no se realizaron. El buen Bonpland mejoró, y más tarde, Humboldt, reanudando su correspondencia con su amigo Wildenow, le decía:

“Cuatro meses hemos dormido en los bosques, connaturalizándonos con todos sus peligros, sin más alimento que arroz, hormigas, yucas y plátanos y sin más agua que la del Orinoco, para rociar el poco apetecible manjar de la carne de mono que, con los anteriores, ha sido uno de nuestros principales alimentos. Los cocodrilos, las boas y los tigres, nos han dado durante las noches terribles guardias, y el rugido de unos y el silbar de las otras han sido alertas que reavivaban constantemente nuestros temores”.

“Desde Mondavaca hasta el volcán Duida, y desde la frontera del Orinoco hasta Surinam, hay ocho mil leguas cuadradas que hemos atravesado sin encontrar un solo indio. Tal parece que no hay más que monos y víboras. Nuestras manos y caras están laceradas dolorosamente **por** los piquetes de los mosquitos, hasta provocar hinchazones que acompaña la fiebre. Son estos insectos tan abundantes, que su zumbido se percibe distintamente como una sinfonía rara, y sus legiones pueblan el bosque hasta obscurecer la luz del día”.

Es imposible humanamente escribir, decía más adelante el sabio en sus Memorias: por eso seguramente eligió una cabaña abandonada que llenaba de malos olores y de asfixiante humo la leña quemada para alejar a los mosquitos. Y sin embargo, tanta privación, tan incontables molestias, que parecía tendrían que acabar necesariamente con la salud del sabio, no hicieron mal alguno en él, y por el contrario, su salud pareció mejorar en los trópicos cada día más.

El 24 de noviembre de 1800 tenemos, al fin, a nuestro sabio en camino de Cuba, a bordo de un velero fletado de carga. Un tiempo hermoso parecía favorecer la expedición; pero la existencia de Humboldt, que parecía destinada a estar constantemente amenazada, se vio en un nuevo y gravísimo peligro: en alta mar estalló un incendio a bordo del velero. Sofocado aquel, vino el mal tiempo, y no fue, sino hasta veinticinco días después, cuando Humboldt pisó el ansiado suelo cubano, desembarcando en la Habana, donde coleccionó los datos para su obra *“Essai Politique sur L’île de Cuba”*. De Cuba pensó Humboldt dirigirse a México, pero, por los periódicos de la América del Norte, supo que Baudin, aquel famoso Baudin que en París conociera, cuando preparaba su viaje de circunnavegación al Pacífico, había al fin salido para la América del Sur. Así, pues, con ánimo de reunírsele, el 8 de marzo se embarcó Humboldt en Batabanó, puerto del Sur de Cuba, en un velero de cuarenta toneladas. Una caída de viento dejó a los navegantes por más de veinte días detenidos en pleno océano sin avanzar una yarda, sino más bien derivando en fuerza de la corriente hacia el Golfo de Darien, donde al fin llegaron, teniendo que regresar, costeando: maniobra en aquella época muy difícil y peligrosa por los huracanes reinantes allí. Ya frente al puerto de Cartagena, el viento, que tan avaro se había mostrado antes, se desencadenó con furia terrible; el velero quiso entrar contra viento y marea en el puerto, pero una sola ola, sobre cuya cresta bailoteó la embarcación, la tumbó sobre un costado, haciendo que el pasaje se considerara perdido. Gritos de espanto se escaparon de todas las gargantas, y dominándolos todos, uno formidable, el del piloto que gritó: ¡el timón no funciona ya! El capitán, que no había perdido su serenidad, cortó de una sola cuchillada la amarra de la vela, que libre ya, fuese al lado del viento, enderezando así el barco que con velocidad enorme fue arrastrado detrás de la llamada Montaña del Gigante.

Era la tarde del 29 de marzo, fecha en que debería observarse un eclipse de luna.

Los dos sabios no tomaron ni siquiera el tiempo necesario para reponerse del susto, pues, su primer cuidado fue prepararse para observar el esperado fenómeno astronómico, y su principal objetivo fue la luna, que comenzaba a levantarse, y hacía la cual Humboldt y su compañero asestaron sus anteojos desde un improvisado observatorio instalado en la playa.

De pronto, un ruido de cadenas y rumor de gritos sorprendió a los viajeros en su tranquila operación de ver cómo el disco de la luna iba tomando el color rojizo, inicial del eclipse. Sorprendidos, volvieron la cara hacia el bosque, y con temor muy justificado se dieron cuenta de que aquel rumor de voces y aquel ruido de cadenas, lo producía un grupo de hombres, una verdadera bandada de negros, que escapados del presidio de Cartagena, iban bacía el río en busca de salvación y que armados de puñales, se arrojaron sobre los dos sabios con objeto de despojarlos del bote.

Valientemente defendieron Bonpland y el sabio alemán la frágil embarcación, que esta vez les fue de mucha utilidad, pues, en ella se hicieron fuertes contra el ataque de los presidiarios, y al fin lograron escapar con vida de aquella turba de furiosos, haciéndose rápidamente a la vela, ayudados por la rapidez de la corriente, todavía no muy segura por lo intranquila.

El 19 de abril de 1801, se dirigieron los viajeros desde Timbaco, entrando por barrancas y el río de Magdalena, hacia Santa Fe de Bogotá. Interesante es la descripción que hacen de su viaje a lo largo de esa hermosa vía fluvial, y de suma importancia los estudios a que se entregaron sobre la mitología de los indios Miuyscas. El Virrey de Colombia, a quien la estricta etiqueta prohibía recibir en su palacio a los viajeros y en quien había un gran deseo de agasajarlos, preparóles un banquete a dos leguas de la Capital, en donde más tarde, Humboldt

y su amigo hicieron una verdadera entrada triunfal. Su permanencia en Santa Fe fue, como en todas partes, señalada por los grandes estudios a que se entregaron, y en septiembre de 1801 encontramos que Humboldt, siempre buscando nuevos campos para sus observaciones, ha llegado a Quito. Pero no ha llegado allí fácilmente. Su viaje de Colombia a Ecuador está marcado, como la mayor parte de los anteriores, por severas fatigas. Sitio ha habido donde las bestias que cabalgaban se hundieron hasta el pecho en el lodo de los pantanos. Un sol abrasador quema las carnes de los viajeros y una ausencia de seres humanos les hace sentir los horrores del hambre durante más de tres meses que emplearon en la travesía. Y no tanto por las fatigas del viaje cuanto por los estudios emprendidos, hace que Humboldt y Bonpland permanezcan en Quito por más de ocho meses, estudiando la naturaleza y formación de aquel gran centro volcánico. En una de sus ascensiones al célebre Pichincha, uno de los guías que les precedía se hundió de improviso hasta el pecho en la nieve, bajo la cual, en contraste peligroso y temido, hervían las lavas del volcán. Bonpland se asustó mucho y tuvo por un momento la alegría del sabio. El contraste entre el temor y el placer era explicable, cuando digamos que Bonpland creyó haber encontrado bajo aquel sitio donde el indígena se hundía, un nuevo cráter. Humboldt, que vio a Bonpland precipitarse hacia aquel lugar peligroso, a su vez saltó muy a tiempo para salvar la vida de su compañero, que imprudentemente había caído en la misma trampa en que se hundiera el guía. Catorce horas de una caminata fatigosa, en que la presión oprime el pecho hasta hacer difícil la respiración, en que la refracción de la nieve hiere dolorosamente la vista y en que los miembros, aheridos por el frío, toman rigidez de acero, marcan esta caminata hacia lo alto del Pichincha, en la que los sabios lograron alcanzar la altura de catorce mil novecientos cuarenta pies sobre el nivel del mar.

No fue éste, sin embargo, el record que más habían ambicionado los intrépidos trepadores de las montañas, pues, Humboldt, cuyo cuerpo de acero, oculto bajo una apariencia enfermiza, no conservaba huellas de las grandes fatigas sufridas, el 23 de junio de 1802 ascendió al Chimborazo, batiendo entonces el record de la altura, puesto que llegó a diez y ocho mil noventa y seis pies sobre el nivel del mar, altura entonces jamás alcanzada por nadie.

Tal parece que los estudios de Humboldt y sus viajes constantes no le dejaron otro tiempo ni le produjeron otras alegrías que la satisfacción de cultivar su inteligencia y de hacer acopio de datos en favor de las ciencias o de la humanidad. No es raro encontrar en la historia de los sabios la nota de castidad, y Humboldt, como los otros, puede decirse que fue casto. Sin embargo, su sensibilidad, abierta a todas las impresiones de la vida, no podía dejar de estarlo a las del amor. Amor de sabio, naturalmente, amor tranquilo, que debe haberle hecho ver en la mujer solamente una de las más bellas muestras de la Naturaleza. En Quito, sin embargo, el travieso niño lanzó una de sus saetas sobre el sabio y por un momento pareció que su amor a todo lo bello se condensaba en la hermosa Rosita Montúfar, gala de la sociedad y hermana de Carlos Montúfar, amigo de Humboldt, que le siguió hasta Europa y que más tarde murió en la guerra de Independencia, fusilado por orden del General Murillo.

Debe haber sido para Humboldt muy agradable el “flirt” con la señorita Montúfar; sus galanterías siempre comedidas y correctas no le llevaron, sin embargo, al matrimonio, pues, bien pronto sus libros y sus instrumentos exigieron toda su atención, y dando un adiós cariñoso a aquel devaneo, se encaminó, en julio del año citado, hacia Riobamba, donde estudió los documentos históricos y descifró los jeroglíficos de los indios, labor que le permitió comprobar las opiniones de Clavijero sobre las expediciones que los antiguos mexicanos hicieron por la América del Sur. De Riobamba, el sabio pasó al célebre páramo de Assuay. De allí a Cuenca y después a Lima, adonde llegó el 23 de octubre de 1802, estudiando en Callao

la formación del guano, que ha llegado a ser una fuente de riqueza para ese puerto. El 5 de diciembre partió de Callao para Guayaquil, y por fin el 15 de febrero de 1803 partió hacia el país de sus ilusiones: hacia México, tocando como primer puerto el de Acapulco, a fines de marzo.

Dicen varios autores que fue durante este viaje cuando Humboldt descubrió la corriente marítima que hoy conocemos con su nombre, pero esto no debe ser así, cuando el mismo sabio, siempre tan enemigo de apropiarse glorias ajenas, sólo concede que la estudió, por el hecho de tener noticias de que había una corriente fría al lado de la costa, fenómeno ya conocido por los marinos del Siglo XVI.

No era intención de Humboldt quedarse mucho tiempo en México, para hacer estudios, pues su primera idea fue sólo la de conocer este privilegiado suelo de que tanto le habían hablado y en el que encontró tantas bellezas, tantos temas para estudios, que permaneció un año casi en este país. En cuanto Humboldt llegó a tierra, siguiendo su costumbre de estudio que en él era obsesión, verdaderamente, fijó la posición geográfica de Acapulco, hecho muy importante, pues varios geógrafos anteriores a Humboldt habían señalado a este puerto posiciones erróneas, en perjuicio de los navegantes. Después se entregó con ardor a coleccionar plantas y raras muestras de insectos desconocidos, así como hermosos minerales.

Internóse al país por los valles de Mexcala y Papagayo; Chilpancingo, Tehuilotepic y Taxco fueron visitados después por Humboldt, que en esta última población inspeccionó con interés de sabio y curiosidad de turista, las célebres minas de plata de donde sacó Borda su colosal fortuna; minas y fortuna de las que no queda más recuerdo que la valiosa custodia que hizo regalar a Notre Dame de París.

De Taxco, Humboldt vino a Cuernavaca, visitando las bellas ruinas que esa ciudad encierra y entre las que era célebre el llamado Palacio de Cortés, por haber servido de residencia a aquel conquistador. Franqueadas las escarpadas faldas de los cerros de Huitzilac, el intrépido viajero pudo contemplar la capital donde debía recibirlo el Virrey Iturrigaray, por la siguiente nota:

“He tenido siempre en alta estima las labores de aquellos hombres dignos de mi particular reconocimiento y homenaje, cuando, como su Excelencia, se han dedicado a las importantes investigaciones de las ciencias naturales y van dedicados sus estudios al bien de la humanidad y otros fines recomendables. En este sentido, pues, contesto a su Excelencia la nota, el oficio que me envió desde Acapulco con fecha 28 de marzo, complaciéndome en prestar a usted todo aquel apoyo que pueda serle útil y acompañarle con mis órdenes por las provincias de mi dependencia. Envío a usted, por consiguiente, los pasaportes y demás documentos que me ha solicitado”.

“Dios guarde a su Excelencia por muchos años”,

**ITURRIGARAY.**

La nota anterior pone de relieve los altos sentimientos de las autoridades de la Nueva España, inspirados de seguro en excelentes deseos de proporcionar a Humboldt cuantos elementos tuvieron a la mano para que la labor del sabio fuese fructífera a las regiones que visitaba.

En cambio, y haciendo un contraste notable a la nota de Iturrigaray, corresponde la nota de Souza, el Ministro portugués, que no ocultaba sus temores de que Humboldt fuese un político aventurero, más deseoso de arrebatar colonias que de conquistar recursos para la

ciencia. Esta actitud intransigente y desconfiada o más bien altamente ridícula de las autoridades portuguesas, dueñas por aquel entonces del Brasil, ha sido juzgada duramente por la Historia y marca una era de atraso político y diplomático en los coterráneos de un Vasco de Gama. La nota dice así:

“El Príncipe Regente, nuestro señor, manda participar a V. S. que en la Gaceta de Colonia del 1° de abril del presente año, se publicó, que un tal Barón de Humboldt, natural de Berlín, había viajado o que estaba viajando por el interior de América, habiendo mandado algunas observaciones geográficas de los países donde ha recorrido, que debieran servir para correcciones de algunos defectos, Mapas y Cartas Geográficas y Topográficas, habiendo mandado una colección de 1.500 plantas nuevas, estando para dirigirse a la parte de la provincia de Maranhao, a fin de explorar regiones desconocidas de todos los naturalistas. En las actuales circunstancias críticas y el presente estado de cosas, el internarse un extranjero como ese, que debe presentar pretextos falsos para lograr fines políticos, y además que es sabido que trata de sorprender y sembrar ideas nuevas y peligrosas en nuestros súbditos de aquellos vastos dominios, ordena Su A. Real, y tomando en consideración las leyes ya promulgadas que prohíben a todo extranjero entrar a nuestro territorio sin permiso previo, ordena expresamente nuestro Augusto Señor, V. S. haga examinar con toda escrupulosidad y cuidado al citado Barón de Humboldt u otro viajero extranjero que esté en el interior de nuestras provincias, que en este caso sería perjudicial para los intereses políticos de la Corona de Portugal, si se llegare a comprobar el hecho señalado. Así, Su A. Real espera que V. S., con todo el celo y perspicacia que exige un negocio de tan alta significación para los servicios reales, prohíba no solamente *A LOS EXTRANJEROS CITADOS*, sino hasta *A los mismos portugueses que pasen por ese país y que no tengan un pasaporte directo de Su A. Real, SEAN APRESADOS*. Finalmente, Su A. Real espera que V. S. procederá en este caso con la más cautelosa circunspección, dando inmediatamente parte a Su A. Real por medio de la Secretaría de Estado, noticia de lo que pase a ese respecto, para que pueda el mismo Augusto Señor tomar ulteriores providencias que exige un caso de tan grave naturaleza”.

“Dios guarde”.

Oficio dado el 2 de junio de 1800 por D. Rodrigo de Souza, contestando al Sr. Bernardo Manuel de Vasconcellos. Gobernador de la Provincia de Cêara”.

Después de algunos meses de permanencia en la ciudad, haciendo frecuentes excursiones a los alrededores, Humboldt visitó las minas de Morán y Real del Monte, cuando ya los salones de la aristocrática corte virreinal se habían abierto de par en par al ilustre sabio, que se expresa de la siguiente manera de los pueblos latinoamericanos:

“Nosotros, europeos del Oeste y Norte, tenemos prejuicios aventurados contra el pueblo español. Yo, que he vivido con todas las clases sociales y tratado desde el capuchino que me acompañó entre los indios Chairas, hasta con el Virrey, y que domino el español casi lo mismo que mi idioma, puedo con estos conocimientos asegurar que esta nación, a pesar de la dominación del gobierno y del clero, va con pasos gigantescos hacia su cultura y que se desarrolla en ella un gran carácter”.

Humboldt no sólo bautizó á México con el nombre de la “Ciudad de los Palacios”, sino que también encontró aquí, según él dice, a la mujer más hermosa del mundo, mujer que le produjo una pasión honda, no sólo una impresión pasajera como Rosita Montúfar en Quito, y de la que siempre se acordó con verdadera vehemencia. Aquí es oportuno decir que muchas veces se han atribuido a Humboldt amores callejeros y que por todas partes se le han querido

encontrar descendientes. Justamente no ha muchos días, en las Memorias del Barón Richthofen, abuelo de nuestro popular y muy querido Encargado de Negocios y que fueron publicadas en “El Imparcial” por mí, encontramos que un curandero charlatán se atribuyó ser hijo de Humboldt para explotar la credulidad de los habitantes de Cuba, y cuando se le escribió al anciano Humboldt a París, en donde entonces se encontraba, contestó que, con el impostor de Cuba era ya el quinto que había tenido la audacia de señalarlo como su padre. Los hijos de Humboldt, pues, no quedan reducidos sino a los de la imaginación de los que conociéndole su físico varonil y hermoso y su carácter jovial y franco, admirado generalmente por las mujeres, no comprenden como Humboldt pudo morir sin dejar descendientes.

Entre las familias que el célebre sabio visitaba en México, se encontraba una de las más distinguidas que llevaba el apellido de Rodríguez, y la manera de conocer a la joven que tan inolvidable impresión había de dejar en su espíritu, no deja de tener sus toques de novela sencilla.

Una tarde, Humboldt, que se encontraba de visita en el salón de la mencionada familia, platicaba de cosas triviales, se hablaba de todo y al fin la conversación recayó en el tema de la belleza de cierta hacienda cuyos amplios campos de labor, exuberantes setos donde pastaban los ganados, arroyos para irrigar los terrenos, etc., completaban tal cuadro de belleza y de poesía, que el sabio quiso conocerla.

– ¿Cree usted, señora, que su propietario querría darme permiso para visitar tan bella finca?

– Oh, sí, seguramente, contestó una voz que conmovió por su dulzura profundamente al sabio y que al volverse para ver quién era la persona que había pronunciado esas palabras, quedó deslumbrado verdaderamente ante la belleza de una mujer joven, cuya presencia no había notado hasta aquellos momentos y que arrimada a una de las ventanas se dedicaba a la costura.

– ¡Válgame Dios! –Exclamó Humboldt sin poder contenerse– ¡qué hermosa mujer!

– Es mi hija –contestó la señora de la casa–, y como queriendo poner coto al admirativo entusiasmo del sabio, agrega: – ¡Está casada y es madre de dos pequeños niños!

La impresión que esta vez recibió Humboldt fue tan profunda que comenzó a mostrarse un tanto distraído para sus estudios y con frecuencia se le veía entregarse tristemente y sin entusiasmo a la colección de sus plantas y minerales, como buscando en lo que siempre había sido la preocupación de su vida el remedio al mal de amores que tan de improviso lo había atacado.

Menudeó con mayor frecuencia sus visitas a la familia Rodríguez, pero jamás dio lugar a otra cosa que a algunas bromas de sus amigos, que al verlo pensativo hacían intencionadas frases sobre la causa de la preocupación del sabio, que sin negar que efectivamente sintiera una profunda pasión por aquella joven, que el azar había puesto en su camino, cuando menos pensaba en el amor, decía sin embarco que aquella mujer lo cautivaba más por sus cualidades morales, que por las físicas.

– Es muy bella, sí: cierto que físicamente es hermosísima, pero es mucho más bella por sus cualidades morales e intelectuales.

Más tarde, la Sra. Calderón de la Barca, por lo que alcanzo a comprender, que conocía por igual al sabio que a la bella causa de sus ansiedades, conoció de algunas intimidades de

Humboldt, las cuales comenta en unas páginas de sus deliciosas memorias con estas frase: “La verdad es que satisface la vanidad de cualquiera mujer el que una cosa como éstas (se refiere al sentimiento amoroso) pueda suceder hasta al mismo gran Humboldt”.

Un tanto... por poner la distancia como medio de olvido y... porque los estudios reclamaron por completo la medio desviada atención del sabio, ello es que éste se marchó a Guanajuato, donde por dos meses se entregó con un ardor inusitado al estudio de la formación geológica de aquellos lugares, para dirigirse más tarde a Comajillas con el objeto de hacer estudios analíticos de los baños termales que había en aquel lugar y que por entonces eran muy célebres.

Después atrajo la atención del sabio el picacho del Jorullo, a cuya cima llegó con mucha mayor facilidad que había logrado hacerlo a la del Pichincha y el Chimborazo, y así como subió al Jorullo, no tardó su planta en hollar las nieves eternas del volcán de Toluca, y hombre como era de inteligencia privilegiada que abarcaba todos los ramos del saber humano, después de aquellas atrevidas ascensiones, se dirigió a las pirámides de Cholula, dedicándose en aquellas ruinas misteriosas a largas meditaciones sobre la cultura de las tribus aborígenes, consultando en cada piedra y adobe y cada detalle, la manera de ser, las creencias y usos de los que habían levantado aquellas moles de adobe que han quedado como muestra de su esfuerzo, resistiendo al embate de los siglos.

La actividad del sabio se había redoblado ciertamente, pero el recuerdo de la bella Rodríguez, ni le abandonó en los volcanes, ni lo dejó en las profundidades de las minas guanajuatenses, ni tampoco pudo olvidarlo en Perote, llevándolo hasta las cumbres del “Cofre” o pasándolo entre las vegas risueñas y floridas de Jalapa, lugares todos que sucesivamente fue visitando el sabio.



***Casa de Humboldt en Ciudad de México***

Humboldt fue objeto de repetidas manifestaciones de simpatía de parte de los mexicanos.

Paso a copiar el Decreto del Presidente Comonfort, disponiendo que en el Istmo de Tehuantepec se fundaran tres ciudades con los nombres de: COLON, ITURBIDE Y HUMBOLDT.

El C. Ignacio Comonfort, Presidente de la República Mexicana, a los habitantes de ella, sabed:

Que en uso de las facultades que le concede el plan proclamado en Ayutla y reformado en Acapulco, he tenido a bien decretar lo siguiente:

Art. 1° El Ministerio de Fomento dictará las órdenes convenientes para que a la mayor brevedad se funden tres ciudades en el Istmo de Tehuantepec, de las cuales una se situará en la barra o entrada del Río Coatzacoalcos y se llamará *Colón*; otra en el Súchil o punto donde comience la navegación de dicho Río, que se nombrará *Iturbide*; y la otra en la sierra que divide las llanuras del mar Pacífico de las del Atlántico, que se denominará *Humboldt*.

Art. 2° Para el fundo de dichas ciudades se destinará una legua de terreno, o sean 17.556,100 metros, y además unos egidos de 858 metros por cada viento.

Art. 3° La mitad del terreno del fundo se destinará para calles, plazas, paseos y edificios públicos, y la otra mitad se dividirá en solares que tengan de frente 33 metros por 83 de fondo, los cuales se venderán a precios convenientes, según su situación.

Art. 4° Los que edificaren casa y cultivaren huertas u hortalizas, dentro de un año contado desde la fecha de la compra del terreno, tendrán derecho a que se les rebaje la mitad del valor que hubieren pactado al tiempo de adquirirlos.

Art. 5° A los que pagaren al contado el precio de los lotes o solares que compraren, se les hará una rebaja de un 25 % del valor que hubieran estipulado. A los que no puedan satisfacer de pronto dicho precio, se les concederán plazos por partes iguales de uno a dos años para que lo ejecuten, quedando hipotecados especialmente el solar y los edificios que en él se levanten, hasta la redención total.

Para los demás pormenores de los contratos, así como para el señalamiento de precios, se entenderán los compradores con los Sres. Jecker y Cía. en esta Capital, o con sus agentes en Tehuantepec, Estados Unidos o Europa, a los cuales se faculta para hacer esas ventas.

Art. 6° A este fin, los ingenieros que dichos Señores ocupen en el deslinde de los terrenos nacionales, designarán los lugares a propósito donde han de situarse las ciudades mencionadas, y procederán a levantar los planos correspondientes, que remitirán al Ministerio de Fomento para su aprobación.

Art. 7° Para conseguir la pronta formación de las ciudades mencionadas en el Art. 1°, el Gobierno les concede las mismas exenciones y en iguales términos que tiene acordadas a la población que debe establecerse en el puerto de la Ventosa, conforme al decreto del 2 del presente mes. Por tanto, mando se imprima, publique, circule y se le dé debido cumplimiento.

Dado en el Palacio Nacional a 14 de Septiembre de 1857.

**COMONFORT.**

Como alemán, no me es permitido criticar el hecho de que ese decreto no se haya llevado a efecto; pero sí cabe humildemente suplicar al actual Gobierno, al cual todos los alemanes admiramos, que se acuerde de esa deuda, *que es una deuda moral* y que la respetabilidad de un decreto ya sancionado por el Congreso de cualquier país, debe ser

indiscutible, y estamos seguros que si el Presidente Díaz, embargado como está en las múltiples ocupaciones que le demanda la reorganización del país, se le hubiera hecho notar este compromiso adquirido por la nación, esa ciudad “Humboldt” existiría.

En cuanto al decreto siguiente, que ordena la erección de una estatua, ya no haré comentarios ni hay necesidad de darle cumplimiento, toda vez que nuestro Emperador mismo se ha encargado de ello. Dice así:

“*Secretaría de Estado y del Despacho de Relaciones Exteriores.* El Exmo. Sr. Presidente se ha servido dirigirme el decreto que sigue: El C. Benito Juárez, Presidente interino Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, a sus habitantes, sabed:

Que deseando dar un público testimonio de la estimación en que México, como todo el mundo, tiene la memoria del ilustre sabio y benéfico viajero Alejandro, Barón de Humboldt, y la gratitud especial que México le debe por los estudios que en él hizo sobre la naturaleza y productos de su suelo, sobre sus elementos económicos, políticos, y sobre tantas útiles materias, que publicadas por su incansable pluma dieron honor y provecho a la República, cuando aún se llamaba Nueva España, he tenido a bien decretar lo que sigue:

Art. 1° Se declara Benemérito de la patria al Sr. Barón Alejandro de Humboldt.

Art. 2° Por cuenta del tesoro de la República, se mandará hacer en Italia una estatua de mármol del tamaño natural, que represente al Sr. Humboldt, y una vez traída de allá, se colocará en el Seminario de Niñas de la ciudad de México, con una inscripción conveniente.

Art. 3° Se remitirá el original de este decreto a la familia o representantes del Sr. Humboldt, y un ejemplar a cada uno de los cuerpos científicos a que perteneció, suplicando a sus secretarios que se conserve en sus Archivos.

Por tanto, mando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento.

Dado en Palacio del Gobierno Nacional, en la H. a 29 de Junio de 1859.

**BENITO JUÁREZ.**

Al C. Melchor Ocampo, Ministro de Gobernación y Encargado del Despacho de Relaciones Exteriores”.

Por último, el Presidente Santa Ana concedió la condecoración de Guadalupe a nuestro compatriota. Como no he podido conseguir el decreto respectivo, copio únicamente la contestación de Humboldt que he logrado adquirir.

“Serenísimo Señor: V. A. S. se ha dignado otorgarme una muestra señalada de su alta benevolencia, nombrándome Gran Cruz de la Orden Nacional de Guadalupe”.

“Afectuosamente, adicto como soy a los habitantes de esas bellas regiones, en las cuales encontré hace medio siglo una tan franca y noble hospitalidad, el testimonio del bondadoso recuerdo que debo al General Presidente de la República Mexicana, me ha causado una dulce satisfacción a una edad a que rara vez se llega”.

“Me apresuro a ofrecer a V. A. S. el homenaje de mi más profundo respeto y de mi más viva gratitud. Habiéndome concedido la más amplia libertad para determinar, yo el primero, por medio de medidas directas, la maravillosa configuración del suelo Mexicano, y para observar la influencia de esa configuración sobre el clima y la variedad de la cultura, pude dar a conocer a la Europa, con la publicación del *“Ensayo Político sobre México”*, el valor de

las riquezas minerales y agrícolas del vasto país, cuya prosperidad, confiada a vuestra sabiduría, es el objeto de vuestra constante solicitud”.

“Continúo haciendo los más ardientes votos por el rápido incremento de esa prosperidad, la cual, por su misma naturaleza, está ligada con los progresos en las ciencias y en las artes”.

“El Sr. General Uraga, que tan dignamente representa el Gobierno de V. A. S., conoce bien la pureza de estos sentimientos”.

“Soy con el más profundo respeto. Serenísimo Señor, de V. A. S. muy humilde, muy obediente, y muy adicto servidor”.

“Berlín, Diciembre 22 de 1854”.

**EL BARÓN ALEJANDRO DE HUMBOLDT.**

Humboldt habitó en esta Capital, en la casa hoy marcada con el No. 3 de la calle de San Agustín. Durante su permanencia aquí ocurrió al célebre explorador un curioso incidente que pasamos a relatar. Deseoso de visitar el pedregal, pidió un guía que lo condujera a este lugar del Distrito Federal, habiéndosele proporcionado un indígena que fue quien lo guió en su excursión. Preguntado este indígena, después de haber sido formalmente excitado a tratar con todos los miramientos posibles al sabio, cómo había ocurrido la expedición, contestó: – Qué sabio va a ser este señor; me preguntó cómo se llamaba mi mujer y mis hijos, cómo se denominaban el azadón, cómo la pala, etc.... Cosas tan sencillas que yo las sé; no faltaba más, no saber cómo se llama mi mujer. Y otra cosa: Hace como los muchachos de escuela, que juntan piedras para atiborrarse los bolsillos.

*de Paris Adelbert de Humboldt  
Après votre message, Robinson  
démora jeudi matin, à 10 heures  
Jusqu'à votre départ de Paris  
pendant lequel moi à 9 heures  
et 3/4 pour que j'aye le  
plaisir de vos lettres me  
même telle langue  
à vous.  
A. Humboldt*

*a Professeur Ortiz de  
Tzucilar,  
Officier au service  
de la République  
Guatemala*

*avec les citations  
des originaux  
de la de Humboldt  
Jan 63*

Humboldt no sólo sostuvo durante el resto de su vida animada correspondencia con sus relaciones de aquí, sino que los mexicanos que llegaban a Prusia encontraban en el sencillo hogar del sabio un generoso albergue. Damos en facsímil una caria de Humboldt a los Tenientes Ortigosa y Aguilar, que por aquellos años estaban comisionados en Berlín en el estudio de la Artillería. Como se ve, en la carta se trata de una invitación a una comida en la mesa de su Alteza Real el Príncipe Adalberto de Prusia. La familia Aguilar, de la que es miembro nuestro buen amigo el inteligente Secretario de la Sociedad “Alzate”, Sr. D. Rafael Aguilar y Santillán, conserva en gran estima ese manuscrito, que tiene, sin género de duda, un doble valor: ser un autógrafo de Humboldt y después, ser dirigido a militares tan distinguidos del Ejército Mexicano. Ambos Oficiales llegaron a ser generales y leyendo los apuntes para la Historia del Cuerpo de Artillería, del inteligente Mayor de esa Arma Don Gabriel F. Aguillón, que graciosamente me fueron facilitados por mi distinguido amigo el señor General Mondragón, se deja ver que el señor Don Bruno Aguilar está considerado como uno de los fundadores de la Artillería, y que el Gobierno tenía depositada en él toda su confianza en lo que se relacionaba con las reformas de la referida Arma. Para nosotros es un motivo de especial satisfacción, saber que estos Oficiales mexicanos bebieron en fuentes alemanas el saber, que supieron derramar más tarde en su patria.

El 7 de marzo de 1804, Humboldt, dando un adiós a México, país que tantos recuerdos y tan íntimas impresiones dejaba hondamente grabadas en su espíritu, se embarcó nuevamente rumbo a la Habana en la fragata la “O”, con objeto de completar en la isla de Cuba sus anotaciones, que unidas a las que había hecho en México, le sirvieron para escribir su libro “*Essai politique sur l’Île de Cuba*”.

24

Humboldt tenía ya un compañero nuevo, además de Bonpland, de quien no se había separado; era éste el ya mencionado Sr. Montúfar, aquel caballero de Quito, que desde que el sabio estuvo en Ecuador se había agregado a sus estudios y con él compartía las penalidades de los viajes y las impresiones de los nuevos descubrimientos, que a cada paso marcaban en la ciencia la huella del sabio; con ellos, pues, se dirigió de la Habana a Philadelphia, y un viaje que es sólo cuestión de horas, duró aquella vez veinte días, pues la “O” fue sorprendida por una tempestad formidable, que a duras penas pudo capear.

La llegada de Humboldt, bien pronto conocida, atrajo para el sabio infinidad de invitaciones de hombres intelectuales, de agrupaciones científicas y una muy especial del Presidente Jefferson, con quien el célebre naturalista pasó algunas semanas en Monticello.

El nueve de julio de 1804 partió Humboldt del Nuevo Continente y arribó a Bordeaux el 3 de agosto, despertando su regreso a Europa un gran júbilo, tanto más grande cuanto que muchas veces la prensa, hasta cuyas columnas llegaban las noticias de las grandes penalidades porque había atravesado el sabio y que, careciendo de noticias posteriores, lo habían dado por muerto en no pocas ocasiones: y por cierto que esas falsas noticias sobre la no menos falsa muerte del sabio, dio lugar a escenas verdaderamente cómicas que el mismo Humboldt cuenta en sus memorias. Esta entre otras: “Estaba yo imitado, dice, a una *soirée* dada en la casa del Duque de Crillon, y como es costumbre francesa, un ujier gritaba a la puerta del salón el nombre de los invitados que paulatinamente se iban presentando. Cuando el ceremonioso criado gritó mi nombre, un grito agudo de mujer respondió al anuncio de mi nombre; era Madame de Lapeyrouse, que estaba tan cierta de mi muerte, que por un momento temió que quien se presentara en el salón no fuera otro que mi propio espíritu”.

Esta creencia era tanto más natural, cuanto que hasta periódicos de una información seria y cuidadosa asentaron varias veces mi fallecimiento, dándole como causa mil distintos padecimientos, y hasta que las fieras me habían devorado en las largas noches pasadas a la intemperie en los bosques, o a la orilla de los ríos poblados de cocodrilos.

El *Hamburger Correspondent* de 12 de junio de 1804, fue el que más contribuyó al error en que se encontraba Europa respecto a mi suerte, pues, en el día indicado publicó un suelto que decía: “El célebre viajero Herr Humboldt falleció de fiebre amarilla en el puerto de Acapulco”.

Cuando la gente se convenció de que Humboldt, que de regreso de tan largo viaje se presentaba de nuevo en Europa, no tenía nada de ultraterreno, sino que seguía siempre en su envoltura terrenal y enfermiza, con el solo cambio de tener la piel tostada por el sol de los trópicos, pudo dedicarse a escribir la mayor parte de sus obras para las que con tanto trabajo había ido acopiando materiales.

La popularidad de Humboldt era general en aquella ciudad, por entonces el cerebro del mundo. El nombre del célebre viajero alemán iba de boca en boca y se anotaba de revista en revista; pero había entre los millones de franceses, uno, para quien no existía la razón de la popularidad del ilustre sabio alemán, y éste uno era el mismo emperador Napoleón, que hizo, a propósito de Humboldt, una frase que conserva la historia y que es modelo de la poca estima en que el gran guerrero tenía a los grandes sabios.

Al serle presentado de Humboldt, Napoleón lo miró sin curiosidad ni interés, y apenas cruzadas algunas palabras de mera cortesía, le lanzó exabrupto esta frase:

– Sí, ya sé; usted se ocupa de botánica. ¡Mi mujer hace lo mismo!...

Humboldt, que era uno de esos viajeros infatigables, sintió pronto la nostalgia de los viajes y en lugar de quedarse tranquilo y buscar el descanso que tan bravamente se había ganado en su largo y provechosísimo viaje por América, no tardó en dirigirse a Roma, después de haber pasado algunos meses por el Mediodía de Francia, y como si su llegada a la Ciudad Eterna hubiera de marcarse por algún suceso extraordinario, el Vesubio hizo una de sus más formidables erupciones, por lo que no es de extrañar que encontremos a nuestro sabio el 15 de julio de aquel año al pie de la montaña que, mientras a los napolitanos infunde el pavor natural, talando, reduciendo a cenizas los alegres viñedos de su falda, para Humboldt, que ve aquel espectáculo aterrador con los ojos del sabio, da lugar a una de sus más bellas descripciones y más concienzudos estudios sobre la actividad de los volcanes y sus causas. De vuelta de Nápoles se dirige a Alemania pasando por Milán, sin descuidar de hacer, a orillas del pintoresco Lago de Como, una visita al sabio Volta.

En Berlín sigue sus estudios sobre los datos recogidos en sus viajes, y engolfado en esa labor, lo sorprende una cita del Rey de Prusia, que le encarga una misión diplomática, en unión del Príncipe Guillermo de Prusia, misión que terminó en otoño de 1809.

No puede prescindir Humboldt, a pesar de las graves ocupaciones de su encargo diplomático, de seguir haciendo estudios, y de entonces data su trabajo sobre el Calendario Azteca, en comparación con el de los peruanos, los japoneses, chinos, mongoles, tibetanos e hindús; trabajo que dio mucha luz sobre la historia antigua de estas razas.

Concluida su misión, consigue permiso de su Rey para quedarse como particular en París. Como alemanes podemos preguntar: ¿Por qué Humboldt no se quedó en Berlín,

escribiendo sus obras en alemán? Allá, a dos horas de su hogar de Tegel, ¿no pudo haberse inspirado mejor que en la vieja Lutecia?

La respuesta es muy sencilla: basta dirigir la vista sobre la historia de aquellos años. En su juventud había leído las grandezas del soberbio París, y en 1790 lo había conocido, como lo dejara bajo el reinado de los reyes de Francia hasta Luis XVI. Luego conoció de cerca la Revolución y amante de la libertad, no le eran indiferentes las aspiraciones de los franceses, aunque nunca aceptó sus excesos. Mientras viajaba por América, el gran Napoleón, quien para afianzar su propio prestigio, no sólo hacía llevar a la gran ciudad todo lo transportable y bello, como las estatuas y galerías de pinturas, sino que también había trasladado a la capital francesa hasta las bibliotecas de Alemania. Los museos estaban en París: los hombres intelectuales, los artistas y todo lo que pudiera servir para la intensa vida de estudio del sabio Barón estaba en París. París era la capital de Europa. Allí se aglomeraba todo, allí estaba todo. No estar en París era aislarse, perderse en el olvido. Y como a la vuelta de Humboldt de su viaje a América, encontró al vencedor de Austerlitz en pleno esplendor, por más que este esplendor estuviera basado en el terror y la sangre que regaban el mundo, apenas traspasadas las fronteras francesas, París, que era el cerebro del mundo, significación que ha perdido no hace mucho, era necesariamente el lugar que Humboldt tenía que elegir para el arreglo de sus muchas observaciones y profundos estudios.

Seguramente que el sabio alemán habrá padecido mucho por las humillaciones que tenía que pasar en una patria dominada por aquel corzo; él no era soldado, no pudo luchar en las filas de Blücher para dar a su lado el golpe mortal, el 15 de junio de 1815 en Waterloo, si no, allí habría estado: él era hombre de ciencia; para la ciencia había vivido y por la ciencia seguía luchando.

26

Desde 1811, había estado preparando una expedición por cuenta del Gobierno ruso, para explorar la parte asiática de ese vasto imperio; pero la situación creada por Napoleón, impidió que esta expedición se llevara a efecto por el momento, hasta que el 12 de abril de 1829, habiendo venido para este objeto de París, partió de Berlín para San Petersburgo, donde los emperadores lo recibieron con mucha galantería, partiendo de ahí para su célebre viaje a la Rusia Asiática, tan lleno de peripecias y de fatigas, que terminó hasta el 28 de diciembre y cuyo resultado publicó en un libro titulado "*Fragments asiatiques 1831 y Asia Central 1847*". En esta expedición le ocurrió un incidente, que prueba que la fama del sabio no se había concretado únicamente a Europa y América, sino que era conocida hasta entre los habitantes de los desiertos del Asia. En efecto, viajando Humboldt por aquellas regiones desconocidas, habíase internado hasta la fortaleza de Tamalyzkajá, cuando fueron detenidos por un grupo de hombres, que con gestos indescifrables y palabras incomprensibles se dirigían a él. Nadie los entendía y entonces buscaron un intérprete para saber qué era lo que querían. El intérprete, después de cruzar unas cuantas palabras con los naturales, dijo a Humboldt:

– Señor, estos hombres dicen que unos bandidos les han robado la última noche sus caballos, que los han buscado por todas partes sin resultado y que sabedores de que había llegado al país un hombre que lo sabe todo y para quien no hay secreto posible, han procurado investigar quién es ese hombre prodigioso y han sabido que es usted, por lo que desde muy lejos han venido con la súplica de que sea usted quien les diga dónde están los ladrones de sus caballos...

¡Tan grande era el prestigio de Humboldt, que aquellas imaginaciones rudas, falseando lo que significa la ciencia, lo juzgaban adivino!

Contaba ya Humboldt sesenta y un años cuando comenzó a escribir su monumental “*Cosmos*”, respecto a cuya obra el célebre literato Marcelino Menéndez Pelayo dice: “Sólo un Humboldt era capaz de escribir tal obra, por lo mismo que no sólo la había encerrado en una ciencia particular, sino que había visto los nexos y correlaciones de todas, logrando los mayores resultados de la aplicación de unas y otras. Sólo Alejandro de Humboldt, el admirable explorador y viajero, que llevaba de frente todas las ciencias naturales, supo, exponiendo sus resultados, dejar, a la vez que un gran nombre científico, una reputación literaria, casi única. Como expositor animado y brillante de los fenómenos del “*Cosmos*” y de sus relaciones armónicas, es él el gran maestro de la física estética...”

Humboldt se quedó en París hasta su expedición a Rusia, rodeado de sus admiradores y trabajando en compañía de Delue, de Cuvier, de Laplace, etc. Después regresó a su patria para morir donde nació, pasando temporadas en Berlín y Tegel. No hay episodio ya en estos últimos años, llenos de trabajo dedicado exclusivamente a su *chef d'oeuvre*, el “*Cosmos*”, que fue la obra de su vida.

¿Qué había pasado mientras tanto con el infatigable Aimé Bonpland? ¿Dónde estaba el amigo y compañero inseparable de Humboldt?

Parece y sucede muchas veces en la vida que dos genios se compensan y lo que le falla al uno lo suple el otro. Humboldt, que era un hombre eminentemente científico, y que además de saber sacar provecho de cualquier situación de la vida práctica, escribía todo y lo apuntaba todo para beneficiar a la humanidad con sus estudios, formaba el contraste de Bonpland, cuyo carácter egoísta le aconsejaba estudiar para él y no para los otros. Le satisfacía, pues, saber él y poco le importaba que aprendieran los demás. Humboldt iba siempre, lápiz en mano, apuntándolo todo y en todos los papeles, lo mismo en la fajilla de los periódicos que sobre el papel de envolver. Su actividad no necesitaba pupitre: bastábanle simplemente las rodillas, sobre las cuales anotó sus más interesantes impresiones y sus más grandes estudios. Bonpland, por el contrario, no gustaba de escribir y cuando lo hacía era mal y a la ligera. Humboldt, noble por su sangre y más noble todavía por sus ideas, tenía un carácter fino, gustaba, hasta donde era posible, de las comodidades de la vida y jamás pudo habituarse a la vida de las selvas, donde sólo lo llevara el amor a sus estudios. Bonpland, por el contrario, enamorado de la vida selvática del Orinoco, quiso vivir y morir allí. No pudo, pues, habituarse a la vida de la gran metrópoli francesa, y soñando con las selvas, por la noche trasladaba a ellas su espíritu, mientras él mismo pudo trasladarse allí. México, el Perú o Uruguay eran su sueño; abandonó, pues, todo y volvió a embarcarse para su tierra ideal, para concluir sus días en el interior del Uruguay.

Bonpland había nacido el 22 de agosto de 1773 en la Rochelle. En 1793 había ido como cirujano en una fragata francesa, y de allí nació su afición a los viajes, afición que lo llevó a ser el compañero de Humboldt. En 1816, ya separado de su compañero, pasó a Buenos Aires, donde ocupó el puesto de catedrático de Ciencias Naturales, y de allí en 1820 hizo una expedición a Paraná, donde estudió la yerba mate, alimento principal en Chile y Argentina. En Santa Anna hizo una gran plantación de esa yerba, pero el dictador Francia, que tenía un monopolio de té, temeroso de ser perjudicado por el nuevo producto, hizo demoler por sus indios la finca y redujo a Bonpland a prisión hasta 1829. De allí, decepcionado, se fue al Brasil, y por último a San Borja de Uruguay, para hacer la vida selvática que tanto ambicionaba.

Roberto Abé Lallemand va a contarnos el fin de la vida del misántropo Bonpland:

“Llegué a Río Pardo para dirigirme a la Colonia Alemana de Santa Anna, quedándome en San Borja, donde había vivido Bonpland trece años, hasta que el Gobierno, en 1853, le había cedido una extensión de terreno a orillas del Uruguay en la Provincia de Corrientes, donde entonces residía. Se me informó que estaba enfermo y quise verlo. Hice preparar mis caballos y un gaucho me sirvió de guía”.

“Era aquél un camino sombrío: la sabana inmensa y desolada, se manchaba a trechos largos por miserables jacales de paja, únicos vestigios de vida animada que encontramos en un trayecto de seis leguas. El sol era abrasador y la fatiga me rendía, cuando el guía, señalándome una de aquellas casas, quizá la de más miserable aspecto, me dijo: Allí vive D. Amado. Me contó que Bonpland había vivido allí al principio con la señora, pero que aburrída ésta de la soledad, tanto como de las excéntricas manías del viejo sabio, se había marchado, llevándose a sus hijos y dejando a Bonpland completamente solo, y probablemente, exacerbando en él su egoísta misantropía, que le aconsejaba no ver a nadie, ni ser visto de nadie”.

“Cuando me acerque a la casa, una verdadera jauría de perros me salió al paso, ladrando hasta ensordecirme y rodeando mi caballo que, inquieto al sentir los dientes de la canina guardia, tiraba coces desesperadas”.

“La recepción era bastante ruidosa y, sin embargo, nadie aparecía en la puerta de la casa. Seguramente estaban acostumbrados sus habitantes a la algarabía de los perros, algunos de los cuales habían ido a echarse durmiendo cerca del jacal, huyendo de los golpes de mi látigo. Principié a palmotear ruidosamente para llamar la atención, y después de algún rato conseguí verle la cara a una muchacha, sirvienta probablemente, y que me miró curiosa y extrañada de que alguien preguntara todavía por su amo”.

– “Don Amado está allí, me contestó sencillamente, y desapareció llevándose mi tarjeta en que anunciaba a Bonpland mi visita. No tardó en reaparecer, indicándome entonces de entre la agrupación de jacalitos y cobertizos, uno de más lujosa apariencia, destinado seguramente a recibir a las visitas. Allí esperé; el mobiliario del salón de recibo de Bonpland era bizarro: una tabla puesta sobre dos barriles viejos, hacía el papel de sofá, completándolo dos sillas en que era imposible sentarse sin tomar serias precauciones contra una caída. Dos catres desprovistos de ropas formaban el todo de aquella habitación tan poco comfortable”.

“Mientras el sabio venía, la criadita, ya más familiarizada con mi presencia, que tanto la asustara al principio, me contó que su amo estaba muy enfermo desde hacía muchos meses, pero que todavía tenía alientos para salir en los días de buen sol, a ver sus plantas y sus flores”.

“Impaciente estaba por verle, cuando se me presentó algo que me pareció sólo un remedo del Bonpland que había conocido: un pantalón, camisa, zuecos de madera y cobertor de lana, eran todo su traje. Los ochenta y cinco años que pesaban sobre él no habían, sin embargo, amortiguado la mirada de sus ojos siempre alegres. Me saludó casi afectuosamente, ofreciéndome de comer; un indio trajo un pedazo de carne asada, sin preocuparse, quizá no los había, de traer cubiertos y cuchillos. Convencido casi de que el sabio carecía de aquellos utensilios, me conformé a servirme de mis dedos y del puñal que traía al cinto”.

“Bonpland me habló largamente de Humboldt, y en su conversación pude advertir que mezclaba con los sentimientos de una amistad sincera hacia el Barón, destellos de envidia y celosos reproches contra el sabio”.

– “¡Humboldt ha publicado mucho; pero mucho de lo que ha publicado es mío!”...

“Todavía hacía proyectos; la idea de su casa lo ocupaba todo”.

– “¡Vuelva, vuelva a verme, me dijo. Cuando usted venga, la finca estará más hermosa!”...

“Me pidió que le enviara cuchillos desde el pueblo. Por la noche pude visitar al sabio en su dormitorio, todavía más humilde y miserable que aquel salón en que me recibiera por la mañana. Siguió proyectando para el futuro. El sabio no se daba cuenta de que la muerte lo acechaba, o quizás se la daba tanto, que quería engañarse a sí mismo con sus proyectos que, de realizarse todos, serían garantía de muy largos años de existencia”.

“Al día siguiente, listos mis caballos, refrigerado con una taza de café humeante, revolviendo entre mis labios un cigarro, alegre casi, fui a despedirme de Bonpland. No se había levantado, estaba muy débil y decía haber pasado mala noche. Yo tuve la idea de que no volvería a verlo y le pedí su autógrafo. Sobre un pedazo de papel puso su nombre. No salió bueno. Su mano temblaba; él vio el papel con tristeza y antes de dármele lo estrujó entre los dedos”.

– “No, no está bien. ¡Lo haré otra vez!”...

“Y puso otra firma, todavía menos legible que la primera”.

– “Ya no puedo escribir, dijo mirándome con unos ojos que por primera vez vi tristes, porque los velaban las lágrimas”.

“El sabio, tendiéndome la mano, arrugada y febril, volvió a recomendarme que volviera”.

“Vuelva a visitarme, amigo, y si escribe a Europa, saludeme a Humboldt. Convulsivamente me apretó la mano, y cuando traspasaba el umbral de su pobrísima recámara, oí que me decía con voz lenta y dolorosa: “¡Bon voyage!”

Estas fueron las últimas palabras que oyó Lallemand de labios de aquel ermitaño de la ciencia, y la firma que llevaba en su cartera seguramente también la última que puso en su vida.

Veinte días después, el buen Bonpland murió. Sus últimos pensamientos deben haber sido para Humboldt, su amigo tan querido. “¡Salúdeme a Humboldt!” había dicho a Lallemand, y sí que lo haría, pero esos saludos ¿encontrarían todavía con vida a Humboldt? Posible es que no, pues el Barón Alejandro, con diferencia de dos días, seguía, al año siguiente, a su amigo, en otro viaje mucho más cruel y misterioso, al del país de la Muerte, donde todo se premia y todo se castiga.

Veamos ahora cómo pasó Humboldt este último año de su existencia. Lo hemos dejado en Berlín, pasando unos días en la capital y otros en su castillo de Tegel, donde iba a revivir entre la fronda del bosque todo su pasado de niñez y donde deseaba morir. En Berlín vivía en la Oranienburgerstrasse. Sobre la puerta de su casa podía leerse un letrero que decía: “Seifert”, nombre de su fiel criado, y en una pieza otro que decía: “Alexander von Humboldt”. Y así como hemos escuchado la relación de Lallemand sobre la muerte de Bonpland, escuchemos ahora al célebre viajero Bayard Taylor, que nos trae el relato de la visita que en “*The New York Tribune*” hizo al sabio Humboldt en los últimos días de su vida.

“Algo como una idea de que los días de Humboldt estaban contados, me hacía desear verlo cuanto antes. Habíame hecho anunciar por correo, pues, dada la edad avanzada del

sabio, creía no poder ser recibido tan pronto como mi impaciencia lo deseaba. Al día siguiente recibí una carta autógrafa del sabio en que me ofrecía galantemente su casa”.

“Cuando me presenté, Seifert me recibió amablemente: ¿Usted es el señor Taylor? Pase usted y espere un minuto, ya viene don Alejandro”.

Humboldt lo recibió como si hubieran sido amigos de muchos años, y por una coquetería de poliglota, le dijo:

– “¿Quiere usted que platiquemos en inglés o en alemán? Su carta está en alemán, míster Taylor; pero me es igual: poseo igualmente el alemán que el inglés”...

Su aspecto enfermizo, dice el célebre americano, confirmaba desgraciadamente la creencia de que aquel hombre que había llenado con su saber todo un siglo, no viviría mucho tiempo; pero al oír su conversación llena de entusiasmos, al hablar de sus viajes, muchos de los cuales había yo hecho también, su frase era tan vigorosa, que tuve la esperanza de haberme equivocado y que aquel aspecto enfermizo era el que siempre había caracterizado en lo físico a Humboldt, tan gigantesco en lo intelectual.

Nuestra conversación iba de un punto a otro, nuestras imaginaciones volaban y el recuerdo nos llevaba de la Liberia a los Andes. Pe pronto Humboldt fijó más poderosamente su memoria sobre México.

– ¿Usted ha viajado por México, señor Taylor? ¡Qué hermoso país! – Y lanzando un suspiro, agregó: – ¡Cuántos recuerdos me ligan a México!...

– ¡Qué hermosas montañas las de México, señor Taylor! Aquellos conos cubiertos de nieve perpetua es lo más hermoso del mundo; esas cabezas de nieve majestuosa que se elevan en medio de la brillante vegetación de los trópicos, ¿puede darse algo más bello? El Himalaya será más alto, pero no podrá impresionar tanto al espíritu humano como la cresta del Orizaba, atalaya avanzado de aquella prodigiosa geología, que parece sacudir su penacho de nieve para dulcificar los ardores tropicales del Golfo de México.

Humboldt, que era también un artista, me mostró entonces un dibujo del volcán que tanto le entusiasmaba y que había terminado hacía unos cuantos días, y, con la ambición pueril del elogio, me preguntó sencillamente:

– ¿Está correcto?...

Del Orizaba, su recuerdo voló a la América del Sur, y su frase, hecha pintoresca descripción, se posó en los Andes, paseó por sus agrestes grandezas y se encumbró al Chimborazo, más, mucho más alto que cuando sus pies habían hollado aquel monte a mayor altura que jamás alcanzó la planta humana.

Después volcó, como en juguetería maravillosa, todos los objetos que había coleccionarlo en sus viajes.

– Esto lo traje de allí, aquello de allá, ese otro lo recogí en Rusia, aquesto es de Asia; en un punto casi desierto, coleccioné estas bellas muestras de vegetales; he aquí cuarzos de Guanajuato; esta piedra soportó el peso de la leve planta patricia en el coliseo de Roma.

Mi atención iba obediente a la palabra del sabio, de uno a otro objeto; pero lo que me llamó más poderosamente la atención, fue un globo de cristal, dentro del cual se movía algo. ¿Qué es eso?, pregunté.

El Sr. Humboldt se rió ampliamente.

- Es un fraile.
- ¿Un fraile?
- Sí, véalo usted.

Y el pobre ermita de aquella ánfora del museo, era un camaleón como de seis pulgadas de largo, que cambiando de color, nos miraba con sus ojillos traidores.

– Véalo, véalo, míster Taylor. ¿No le digo que es un fraile? Y en un rasgo de humorismo, tan propio de su carácter, me dio el significado de esa denominación.

– Le digo que es un fraile, porque con un ojo mira al ciclo y con el otro, al mismo tiempo, a la tierra. ¿No cree usted que hay muchos frailes que hacen lo mismo?

Luego volvió a reanudar su conversación sobre México.

- ¡Qué hermosas las ruinas de México! – Decía Taylor.
- ¡Ah! ¿A usted le gustan las ruinas? Pues entonces no tiene usted más que mirar.
- ¿Dónde, señor?
- En frente, a mí, a Alejandro de Humboldt.

Taylor se rió.

– “Pero usted, señor, no es una ruina, usted es una pirámide, y como ella, vivirá siempre, aludiendo así a la gloria que debía ser imperecedera en aquel hombre extraordinario, y estrechándole la mano, agregué: ¡Con cuánto gusto estrecho esta mano, que antes se honraron en estrechar Federico el Grande, Foster, el compañero de Cook, Klopstock y Schiller, Pitt, Napoleón, Josephinen. Jefferson, Hamilton, Wieland, Herder, Goethe, Cuvier, Laplace, Gay-Lussac, Beethoven, Mendelssohn, Heine, Walter Scott, etc”.

“Cuando salí –sigue diciendo el viajero americano– me palpitaba el corazón y me decía que el espíritu de aquel hombre era comparable con las aguas de Vancluse, lago profundo y tranquilo, sin olas en la superficie, pero dejando siempre algo de su vida en cuanto tocaba o adonde llegaba”.

Los últimos años de Humboldt estaban llenos de achaques: a cada momento la gripa y la debilidad física lo postraban en la cama; una erupción cutánea, rebelde a todo tratamiento, lo molestaba infinitamente. El 24 de febrero le sobrevino un ataque de parálisis, pero se repuso pronto, sin que de esos achaques se resistiera nunca su buen humor, como podían observarlo los amigos que rodeaban su cama y que lo veían constantemente alegre.

El 21 de abril de 1859, el médico ordenó que no abandonara más la cama; su sobrina, la hija de su hermano Guillermo y esposa, estaban con él, haciéndolo objeto de su cariño y atenciones.

¡Oh! ¡El pobrecito tío! Sus fuerzas se iban disminuyendo...

– “¡El Cosmos” (esta fue una de las grandes preocupaciones de sus últimos días) no lo concluiré; he trabajado tantos años en él!

Y así fue. Como un niño que se duerme, con la sonrisa en los labios, se quedó dormido Humboldt en el sueño eterno, a las 3 de la tarde del 6 de mayo de 1859, a los noventa años de vida y después de emplear casi setenta y cinco en constante labor.

La muerte de Humboldt conmovió a todo el mundo científico: un cortejo enorme se dirigía al día siguiente, con paso lento y actitud de pena, muy despacio, por todo el largo de la célebre calle Bajo los Tilos, hacia la Catedral, para rendir a los restos de aquel gran genio el último tributo, y al ver pasar el féretro la multitud que se apiñaba en la ruidosa orbe berlinesa, nadie preguntaba, solamente se descubría y con un respeto profundo daba su último saludo al muerto.

– ¡Allí va Humboldt, decían, a su último viaje, a descansar bajo los árboles, al lado de los suyos, de su hermano Guillermo, a quien tanto quería!...

Humboldt fue, pues, grande entre los grandes. Su solo recuerdo basta a enorgullecernos a quienes nacimos bajo la bandera imperial de la Germania. ¡Salve, oh sabio! ¡Tu espíritu debe regocijarse del homenaje que te tributan los pueblos!



*Honradamente hacemos constar que estos ligeros apuntes, que lanzamos a la publicidad, más como demostración de sentimiento germano y de homenaje al insigne y erudito Baron von Humboldt, que como prueba lisa y llana de cualidades de escritor, que nunca he pretendido poseer, como no poseo tampoco las dotes del filósofo ni del sociólogo, están tomados de la obra “Wissensehaftliche Biographie von Karl Bruhns”, y otros 3 tomos, Leipzig, 1872. A este escritor le debo un doble servicio: el primero, haberme proporcionado las fuentes que me han documentado para hablar del Barón de Humboldt ante el público de México, y el segundo, el de corroborar, para mí mismo, la exactitud de aquel proloquio latino: Nihil novum sub sole. En efecto, Bruhns y socios, no solamente se han inspirado al escribir su biografía, sino que usan y toman palabras y conceptos enteros de “A. Von Humboldts Leben und Wirken, Reisen und Wissen von Dr. Herm, Klenccke”, Leipzig, 1869, primera edición, corregida por el Prof. Th. Kuehne, Leipzig, 1870. Por lo demás, me he valido también de autógrafos y documentos inéditos, escasa, muy escasamente conocidos en México.*

*Otra explicación: Como escribí la edición española antes que la alemana, y no tuve a la vista los originales de los relatos sobre los últimos días de la vida de Bonpland y Humboldt, sino ligeros apuntes, no resulta una traducción literal, como puede haber sucedido en otros pasajes de este trabajo; pero sí, en ambas ediciones, el espíritu es el mismo.*

*Prensa*

**DIARIO “EL IMPARCIAL”**

México, Viernes 9 de Septiembre de 1910

**UN LIBRO SOBRE EL BARÓN DE HUMBOLDT  
SE OBSEQUIARAN EJEMPLARES ENCUADERNADOS EN ORO, AL SR. GRAL. DÍAZ Y AL  
EMPERADOR DE ALEMANIA**

Como una contribución más al homenaje de que se hará objeto al Barón Alejandro de Humboldt, cuya estatua, obsequiada galantemente a México por S. M. el emperador Guillermo II, será descubierta con toda solemnidad el próximo día 13 de este mes del Centenario, la colonia alemana residente entre nosotros, ha editado un magnífico libro en honor del sabio germano.

La obra, de hermoso formato y magnífica impresión, consta de 250 páginas, con más de 100 ilustraciones explicativas y 10 mapas en colores, habiendo trabajado la casa que lo editó, de día y de noche.

Un retrato del egregio Barón, campeará en el libro, donde se encuentran una biografía completísima de Humboldt, por el doctor Arnoldo Krumm-Heller; los “Viajes de Humboldt en México”, por el doctor Ernesto Wittich, “El Nevado de Toluca” (uno de los volcanes a que ascendió Humboldt), por el doctor Paúl Waitz, “Un jeroglífico de un nombre del Códice Humboldt”, por el señor Hermann Beyer. “El ídolo Azteca”, de Alejandro Humboldt, por él mismo, “Los estudios zoológicos de Humboldt”, por Federico Danun y Palacio; “Noticias de Humboldt sobre los gusanos de seda indígenas de México”, por el señor Carlos C. Hoffmann, un estudio antropológico del señor Pablo Heninng y uno sobre economía política del doctor Peuss.

La biografía debida a la pluma del doctor Heller, está escrita en estilo pintoresco y cautivante, llena de anécdotas y acompañada de cartas inéditas, últimas del Barón. Es al mismo doctor Heller a quien se debe la traducción al español, en su mayor parte, del libro, para lo cual fue preciso trabajar hasta avanzadas horas de la noche. Toda la obra fue escrita en un mes.

Los demás trabajos tratan cada uno de las diversas ciencias a que consagró su pasmosa actividad el Barón de Humboldt, relacionándose aquéllos con la obra de éste y presentando ante el público, en detalle, las distintas obras realizadas por el ilustre viajero que llamó a México “La Ciudad de los Palacios”. Entre ellos se destaca el artículo del doctor Wittich que contiene una estadística completa de cuantos minerales se han extraído de las minas de México, etc., etc.

Como antes decimos, la colonia alemana obsequiará ejemplares lujosamente encuadernados en oro y calzados con las firmas de sus autores, al señor general don Porfirio Díaz, presidente de la República y a SS. MM. El Emperador de Alemania y el Em-...



*Barón Alejandro de Humboldt*  
***Estatua obsequiada a México por S. M. el Emperador Guillermo II***

∴